

# NOCHES DE VERANO

(2da edición)

**EVA:**

No pude evitar un suspiro cuando llegamos a aquella minúscula casita. Era preciosa, en eso tenía razón mi madre, pero algo me decía que no era mi lugar.

Mis padres estaban divorciados desde hacía pocos meses, y al contrario de lo que cualquiera pudiera pensar, no era algo que me quitara el sueño. Prefería verlos felices por separado que desdichados juntos, y ya había soportado suficientes discusiones absurdas. Cuando al fin me dieron la noticia, una parte de mí se rompió pero otra bastante más grande suspiró de alivio.

Con lo que no contaba era con las consecuencias que esto acarrearía. Por ejemplo, que se decidiera que cada verano me quedaría con uno de ellos, y mi hermana con el otro. Me parecía una solución razonable dentro de las posibilidades, aunque desde luego no me hacía demasiada gracia.

Ese verano (por sorteo) me había tocado pasarlo con mi madre, y esta se había emocionado sobremanera con la idea de alquilar una casita en un pueblo apartado de todo para “relajarnos y evadirnos”. Lo que necesitaba ella, pero no yo.

Hubiera dado cualquier cosa por poder quedarme en mi ciudad en verano. Más de diez días, me refiero. Porque en cuanto empezó Julio cogimos el coche y pusimos rumbo a aquel pueblo del que ni siquiera recordaba el maldito nombre.

Y no era que no me gustara la tranquilidad. Pero dos meses de tranquilidad eran, como poco, demasiados.

Tampoco era que no me gustasen los pueblos, reconocía que tenían su encanto. Pero era el verano de mis dieciocho años, justo después de la Selectividad, ese que debería ser “el verano de mi vida” según todo el mundo. Y quería pasarlo con mis amigos. Si bien no era mucho de salir de fiesta todos los días, por lo menos quedar con ellos para visitar sitios, tomar algo o simplemente hablar.

—Ayúdame aquí, Eva —pidió mi madre, con la voz marcada por el esfuerzo que estaba haciendo.

Salí del coche con calma para ayudarle a bajar las maletas. Me había quedado demasiado tiempo ensimismada en mis pensamientos, era hora de volver a la vida real. Agarré mi maleta y tiré de ella con fuerza para sacarla del maletero. Unos cuantos metros separaban la plaza de aparcamiento de la pequeña casita, y no me fue demasiado fácil andarlos ya que, si bien normalmente era bastante más fuerte, en aquellos momentos me sentía cansada no solo física sino también psicológicamente.

Una vez dentro de la casa, me alegré al constatar que era bastante bonita. Ya me la esperaba decente, mi madre en general tenía buen gusto en casi todo, pero aún así me sorprendió un poco. En el buen sentido.

Tenía unas pequeñas escaleras que subían un piso. Por lo que me había dicho mi madre ahí arriba estaba mi cuarto, así que las subí arrastrando la maleta. Estaba haciendo demasiado ruido, cosa que, de haber vecinos, los hubiera molestado. Pero en una casa de campo no hay esos riesgos.

En parte, prefería el campo a la ciudad. La naturaleza, el aire fresco... no podía negar que tenía muchas ganas de ver las estrellas. Donde yo vivía había tanta contaminación lumínica que, como mucho, podías vislumbrar dos o tres.

Dejé la maleta en el cuarto sin pararme demasiado a mirarlo. Lo único que llamó mi atención fueron las paredes, de color naranja. Siempre había querido ese color para mi habitación, pero en mi casa todas las paredes eran de color blanco y no había habido manera de convencer a mis padres de cambiar eso.

Por una parte llegué a pensar que quizá era una especie de soborno por parte de mi madre. Ya me esperaba cualquier cosa. Aunque quizá estuviera exagerando... mis padres no intentaban comprar mi amor, ni el de mi hermana, no al menos como lo hacían los padres divorciados de algunos de mis amigos, que no paraban de regalarles cosas para hacerles más fácil la pregunta: “¿A quién quieres más, a mamá o a papá?”. Quizá fuera el hecho de que hubiesen acabado de buenas lo que había desembocado en una paz algo rara. No intentaban ser rivales, o al menos no lo parecía.

Me senté en la cama y, después de unos segundos mirando hacia el suelo, me tumbé.

—Tengo que tomármelo todo con mucha calma —susurré para mí—. Este verano va a ser muy largo.

—¿Eva! ¿Has deshecho ya la maleta?

Puse los ojos en blanco, completamente estirada en la cama como estaba. Mi cuerpo no tenía intención de moverse, y yo tampoco. No me apetecía ni contestarle, ya empezaba con sus manías de madre.

Me limité a quedarme tirada, sin hacer nada.

“Esto es vida”.

## LETICIA:

—Pásame eso —dijo Teresa refiriéndose a su bolso, que estaba justo a mi lado.

Me tomé mi tiempo para dárselo con cuidado, pero ni siquiera lo agradeció. La confianza daba asco, a veces. Sobre todo cuando se tomaba tan a la ligera.

¿Tanto costaba un “gracias” de vez en cuando? O simplemente sonreír en agradecimiento.

Quizás me estaba complicando demasiado y era normal eso de, cuando llegabas a conocer bastante a una persona y vuestra amistad duraba ya unos cuantos años, obviar ciertas cosas. Como esa.

Probablemente me estuviera dejando influenciar por mi actitud de los últimos días. Estaba harta de todo. No sabía por qué pero cada vez notaba más los defectos de mis amigos, como si ya no les viera nada bueno.

De vez en cuando me quedaba pensando y sabía que no estaba siendo justa con ellos. Todo el mundo podía tener fallos, no solo yo. Y había que perdonar esos fallos a todo el mundo, no solo a mí.

Pero era como si se hubiesen acostumbrado tanto a tenerme como amiga que no se molestaban en cuidarme ni un poquito. Tener algún detalle conmigo, demostrarme que les importo... cosas así.

O puede que, sin el apoyo de Eva, lo viera todo negro y punto.

—¿Qué vais a hacer el sábado? —preguntó Adrián.

—¡Yo quiero fiesta! —exclamó Teresa, poniendo morritos de forma algo cómica.

—Tú siempre quieres fiesta —le dije con una sonrisa.

—Pues claro, algunas sabemos cómo divertirnos —dijo, con otra sonrisa.

No sabía si el comentario iba realmente en broma, como daba a entender su tono de voz. Con Teresa nunca se sabía. Había hablado del tema con Eva varias veces, sobre todo en los últimos meses. Teresa tenía una especie de doble personalidad: tan pronto te dejaba en ridículo delante de todo el mundo como hacía el mayor sacrificio que existe solo por verte feliz.

Habíamos dejado de cuestionárnoslo hacía un tiempo y normalmente no le dábamos importancia, pero el comentario me dolió de todas formas.

Que no me gustara salir de fiesta por las noches no significaba que no supiera divertirme. Claro que lo pasaba bien cuando estaba con ellos. Y cuando al final me convencían para que saliera, me divertía bastante. Aunque nunca era tan épico para mí como para ellos. Tenía la teoría de que era porque no me emborrachaba.

Ellos bebían, se ponían hasta arriba de alcohol y hacían locuras toda la noche. Y claro, luego se comentaba durante días. Que si este se había liado con aquella, que si esta chica se enrolló con cuatro en una noche, que si el otro vomitó encima de un desconocido... todo muy divertido, pero yo tenía bastante claro que prefería oír esas historias en vez de vivirlas.

Me daba pánico emborracharme porque no quería perder ni un ápice de control sobre mí misma. Tenía unas cuantas cosas hirientes que decir que no me gustaría nada que se me escaparan, por ejemplo.

Podría perder mucho. Sin embargo, eso a mis amigos no parecía importarles. A mí nunca me habían hecho ni dicho nada ofensivo, solo tenía que aguantarles cuando se ponían cariñosos o no podían sostenerse en pie.

Cuidar de ellos no me importaba ni me suponía demasiado esfuerzo, pero había tenido que vivir demasiadas situaciones desagradables.

Al principio, cuando me gustaba mucho un amigo nuestro (Diego), había tenido que verle liándose con Teresa, y después con Ana. Me había costado muchísimo superarlo, pero había acabado dándome cuenta de que no tenía ninguna posibilidad con él, y que de todas formas no me haría demasiada gracia tener nada con ese chico después de saber que era un ligón y que para él las chicas eran de usar y tirar.

Me consideraba cursi, y estaba bastante orgullosa de serlo. Aunque todo el mundo se burlase un poco de mí por ello, yo quería que mi primer beso fuera especial.

Aunque empezaba a preocuparme. Faltaban tres meses para que cumpliera dieciocho años y aún no había besado a ningún chico. También me preocupaban las pocas oportunidades que había tenido de ello.

Todas mis amigas, cuando salían, siempre tenían un par de moscones pululando a su alrededor. Incluso Fátima, que era la más fea de todas.

Pero yo no. A mí por las noches nunca me había entrado ninguno. Parecía invisible para ellos, incluso cuando todos mis amigos me decían “Qué guapa estás, Leticia”. Empezaba a no creerme ningún piropo.

Si tan guapa estaba, ¿por qué nadie intentaba nada conmigo? Ni siquiera Diego, que cuando estaba muy borracho se liaba con la primera que pasaba, se había acercado a mí con esa intención. No era ni su último recurso.

Y eso dolía, y acomplexaba. No tenía un cuerpazo, lo sabía. Me sobraban un par de

quilos, a pesar de haber adelgazado bastante desde el año pasado.

Y mi cara tampoco era nada del otro mundo. Cabello castaño, ojos del mismo color... si al menos tuviera el pelo más bonito o los ojos de un color claro...

No destacaba nada. Hacía más de un año que no le gustaba a ningún chico. Y ni siquiera contaba a Antonio.

No era demasiado cruel si decía que Antonio era uno de los chicos más feos que había conocido jamás. Y además, soso.

Así que cuando me había pedido salir la contestación había sido fácil: un NO redondo.

Aún así, me había alegrado gustarle (¡por fin!) a un chico. Y poder así tener algo que contarle a mis amigas.

Siempre escuchaba sus historias, conocía a sus ligues, a sus novios, a sus rollos de una noche o a quienes fuesen. Pero a mí nunca me pasaba nada. Y había momentos en los que flaqueaba mi decisión y pensaba en liarme con el primer tío con el que se me presentase la oportunidad.

Por suerte o por desgracia, no se me presentaba ninguna así que mis principios seguían intactos. No me gustaba eso de besar por besar. ¿Para qué? Para poder contarlo más tarde, o algo así. No lo entendía.

Pero hacía tiempo que había dejado de decirles nada, o de intentar expresar mi opinión al respecto. Solo lo comentaba con Eva, quien estaba de acuerdo conmigo. Su primer beso había sido con un chico que le gustaba desde hacía mucho tiempo y, aunque no había pasado nada más entre ellos, entendía sus motivos.

Obviamente si te gustaba mucho alguien y este alguien te besaba, no te ibas a apartar. Se habían enrollado un par de veces más antes de que Eva se enterara de que también se liaba con otra. Y ella lo había cortado de raíz.

Siempre la había admirado por eso. No sabía si yo misma, en esa situación, hubiera podido dejar de verlo tan de sopetón. Si lo hubiera tenido tan claro... Pero ella se había puesto siempre a sí misma por encima de cualquier chico, por mucho que le gustara. Y ya le había dicho varias veces que le aplaudía por ello.

Mientras escuchaba a Teresa y los demás fantasear sobre la borrachera que se iban a coger ese sábado, pensé en Eva y en cómo lo debía estar pasando.

La pobre ya me había dicho muchas veces que lo que realmente le apetecía era quedarse con todos nosotros en Ferrol.

Saqué el móvil; ya que me había acordado de ella, le enviaría un *WhatsApp*. Le mandé un saludo y volví a guardarlo.

—¿Tú sales el sábado, Leti? —la voz de Adrián me sacó de mi pequeña burbuja.

Le sonreí, para intentar mitigar la reacción a mi respuesta:

—No creo, no me apetece nada.

—A ti nunca te apetece —intervino Teresa—. ¡Anda, Leti, vente! Lo pasaremos bien.

La miré, no tenía ni idea de si me lo estaba diciendo en serio o solo por quedar bien delante de la gente, haciendo como si quisiera que fuera cuando en realidad no quería. Pero, si esta segunda opción era la correcta, no tenía de qué preocuparse, no pensaba ir.

—Además, no sé si me dejarán... —continué.

—Mentira, Leti, a ti tu padre te deja hacer lo que sea —interrumpió Javier—.

Venga, ánimo.

Resoplé, algo cansada ya del tema.

—Me lo pensaré —acabé diciendo.

Aunque ya lo tenía más que decidido. Esa noche no habría nadie capaz de sacarme del sofá de mi casa. O eso era lo que creía yo en ese momento.

**EVA:**

*¿Qué tal por el quinto pino, guapa? ☺*

La vibración del *WhatsApp* no podía haber llegado en mejor momento. Hacía un rato que me aburría como una ostra, no habiendo mucho que hacer en mi habitación.

*Aburridísimo, ¡os echo de menos!*

Le di a enviar mientras fruncía los labios. Era verdad, ya les extrañaba. Les tenía demasiado cariño a mis amigos. Demasiado porque en un par de meses empezaríamos la universidad y nos distanciaríamos. Y como les quería tanto, me dolería mucho.

Echaría de menos sobre todo a Leticia, mi mejor amiga. Habíamos planeado un verano perfecto que se había ido al traste completamente con los planes de mi madre de ir a aquel pueblecito.

Viendo que Leti no me contestaba, suspiré y me levanté de la cama, con el móvil aún en la mano.

Al menos daría un paseo para despejarme después de tantas horas encerrada en el coche. Si estaba en un sitio así, lo menos que podía hacer era aprovecharlo.

Mientras salía de la casita, armada solo con el móvil en una mano y mi copia de las llaves (que me había dado mi madre hacía diez minutos) en la otra, me daba cuenta de que realmente no sabía con qué me iba a encontrar.

¿Un pueblo pequeño sin más? Había algo dentro de mí que lo dudaba. Tenía algo especial, no sabría decir exactamente el qué, pero lo tenía.

Las casas eran todas muy parecidas: pequeñitas y muy lindas, como de anuncio de revista. Parecía casi inverosímil que allí viviera alguien. O si me equivocaba, que iba a salir de la casa con una cesta de magdalenas recién hechas y una sonrisa de oreja a oreja.

Decidí dirigirme a la playa. Siempre miraba el verano con más ganas si se añadía la perspectiva del mar, de la playa, de bañarse y perderse allí. Tenía ganas de escucharlo, sobre todo.

Sabía poca cosa del pueblo, pero sí tenía claro que la playa estaba siguiendo la acera en la que estaba mi casa, a la derecha. Así que continué caminando, observando con detalle aquel barrio que parecía medio abandonado, hasta encontrar un camino de madera que torcía a la derecha.

Lo seguí sin vacilar.

—¡Ey! —oí una voz a mis espaldas. No pensé que se refiriera a mí, así que no hice caso—. ¡Ey! ¡La de la camiseta roja!

Miré disimuladamente hacia abajo para comprobar que, efectivamente, llevaba una camiseta roja. Otro día igual lo hubiera tenido más claro pero estaba un poco atontada por el trayecto y el cansancio.

Así que me di la vuelta rezando porque no fuera ningún matón ni nada de eso. No se me había presentado una situación de ese tipo nunca, y estaba bastante segura de poder

defenderme medianamente bien (contando con la adrenalina del momento y con el hecho de que soy bastante alta) pero prefería esperar para saberlo.

No obstante, el chico que se acercaba hacia mí al trote no tenía pinta de matón. Es más, tenía cara de buena persona. De esos que los miras y ya confías en ellos.

Era extremadamente alto (debía rozar los dos metros) y vestía equipamiento de baloncesto.

—¿Quién eres tú, rubita? —preguntó con una sonrisa.

Era la persona más extrovertida que había conocido en mi vida. Alcé la cabeza para poder mirarle a los ojos. El cuello me dolió al instante por esa postura en la que no estaba nunca.

“Y luego me quejo yo de mi altura”, pensé.

—Eva —me limité a decir—. ¿Y tú eres...?

—Sebastián. Como San Sebastián, pero sin ni un toque de santo.

No pude menos que sonreír.

—¿De dónde sales? —preguntó.

Supuse que en aquel pueblo se conocían todos de sobra y que ver a una “extranjera” les debía chocar.

Señalé en dirección a mi casa provisional.

—Acabo de mudarme. Vengo con mi madre a pasar el verano.

—¿Todo el verano? —Pareció sorprenderse—. Normalmente los turistas no vienen tan pronto, y no aguantan nada aquí.

Me encogí de hombros.

—Mi madre se empeñó —dije como única justificación.

—Vaya, pues si vas a estar aquí todo el verano lo mejor será que te presente a la gente. He quedado con ellos dentro de un rato en la cancha, ¿te vienes?

Lo sopesé un segundo, sorprendidísima. No me esperaba para nada aquello, pero no tardé nada en deducir que era una gran oportunidad para hacer amigos en ese pueblo tan desconocido para mí y que mis ganas de ver el mar podían esperar.

—Claro. Eres muy amable.

—Eso me lo dicen a menudo —sonrió de nuevo. Era todo hoyuelos.

Se dio la vuelta para echar a andar no sin antes comprobar que le seguía. Mientras andábamos, me costaba un poco mantener su ritmo porque daba unas zancadas enormes.

—Soy como el relaciones públicas de este sitio, ¿sabes? Cuando vemos a alguien nuevo lo integro yo. O lo intento, porque no siempre sale bien. Nos encanta conocer gente nueva, aquí nos tenemos muy vistos ya.

Me reí un poquito.

—Algo así pasa en mi grupo de amigos, hay veces que hasta nos cansamos los unos de los otros.

—¿Y qué hacéis?

—Nos lo decimos y volvemos a quedar cuando nos echamos de menos.

Esta vez se rio él.

—Pues es una buena táctica. Igual deberíamos probarla... —bromeó.

—¿Está muy lejos la cancha de baloncesto?

—A apenas cinco minutos de aquí. Yo acabo de venir de mi casa a cambiarme, que

si no me pongo la equipación pierdo fijo.

“Dudo que pierda con esa altura” pensé, aunque era un poco un tópico. Pero es que estaba bastante segura de que ese chico levantaba la mano y ya tocaba el aro de la canasta.

Seguimos charlando un rato hasta que llegamos a la cancha. Era menos cutre de lo que me había imaginado por el camino, para ser de un pueblo no estaba nada mal. Tenía hasta gradas, y banquillos. Todo un poco deteriorado por el uso, pero más de lo que había en el barrio en el que yo vivía en mi ciudad, eso seguro. Incluso las canastas conservaban sus respectivas redes, algo que yo no había visto en mi vida.

—Ven, te presentaré a la gente —me dijo en voz bastante alta, como si esperara que los demás le escuchasen.

Tuve un segundo de duda antes de asentir y seguirle. Si quería que ese verano no fuera un auténtico desastre, más me valía aceptar la ayuda de aquel chico tan alto que había resultado ser mi salvador.

### LETICIA:

—Ey, Leti. Leti, Leti, Leti.

Alcé la cabeza frunciendo el entrecejo.

—Edu, para —le dije en tono peligroso.

Mi mejor amigo sonrió; le gustaba picarme de esa manera. Desde que nos conocimos, hacía unos cuatro años, nuestra relación había seguido siempre una serie de normas no escritas que habíamos aceptado los dos sin hablarlo en ningún momento. Y una de ellas era que él me vacilaba y yo le amenazaba de muerte.

—Leti —repitió una vez más.

Resoplé y levanté la vista del libro que estaba leyendo. Nos encontrábamos en el parque de al lado de nuestras casas, como solíamos hacer cuando no nos apetecía estar con el resto del grupo (últimamente, cada vez más a menudo). Yo solía leer mientras él dibujaba o apuntaba cosas en su libreta. No acostumbraba a preguntarle sobre lo que hacía porque era muy reservado con ese tema.

—¿Qué quieres? Estoy en una parte emocionante...

—¿Sales el sábado?

Puse los ojos en blanco.

—No —dije secamente, y volví mi mirada al libro.

Puso la mano encima de la página en la que estaba para obligarme a mirarle de nuevo.

—Anda, vente. No será lo mismo sin ti —pidió con un mohín.

—Nadie notará que no estoy —dije algo fastidiada—. Además, siempre pasan las cosas más interesantes cuando yo no voy.

—No será lo mismo para mí, quería decir —reformuló, sonriendo—. Me apetece bailar contigo.

—Sabes que yo no bailo nunca.

—Por eso mismo, ¡conseguiré que bailes conmigo!

—No lo has conseguido en cuatro años, no lo harás ahora, amiguite... —bromeé, empezando a sonreír.

—A este paso será la misión de mi vida.

Sonreí mientras negaba con la cabeza.

—Me lo pensaré —cedí ligeramente.

Su sonrisa le llegó a los ojos, haciéndose lo más amplia posible. Lo miré con cariño. Estaba muy orgullosa de ser su mejor amiga. Era un chico encantador, y una especie de imán para la gente. Todo el mundo quería estar a su lado, le contaban todo y lo invitaban a las fiestas siempre. Incluso gente que apenas conocía.

Además era un chico bastante atractivo. No era guapísimo ni estaba tremendamente cachas, pero tenía algo, lo que la gente llama “sex-appeal”, que hacía que casi todas las chicas que le conocían acabasen coladitas por él.

Y entre todas las chicas que lo darían todo por ser su mejor amiga, me había escogido a mí. Ya se lo había comentado varias veces, que no entendía por qué me consideraba su mejor amiga, pero se limitaba a llamarme tonta y seguir con lo que fuera que estuviera haciendo.

En cierto modo, había intentado ser mejor para merecerme estar a la altura de tal puesto.

Era algo que le agradecía: su amistad me había ayudado a ser una buena persona.

—Si sales, ponte el vestido azul.

—¿Y si te lo pones tú? Eso seguro que no se lo espera nadie.

—Anda, venga, pónelo. Ya verás como ligas.

Lo miré fijamente, sopesando si me estaba tomando el pelo o no.

—Eso dices cada vez que salimos y no he ligado ni una sola vez.

—Nadie se lo explica —dijo totalmente serio.

Suspiré mientras me incorporaba, marcando con un dedo la página del libro en la que iba.

—¿Qué haces?

—Me apetece moverme, ¿vienes?

Se limitó a levantarse y ponerse a mi altura.

—¿Entonces te lo pondrás?

—Si aún no he decidido si salgo o no...

—¿Lo harás?

Paré en seco y me giré para mirarle.

—Sí, lo haré —acabé cediendo, como siempre.

Sonrió de nuevo.

—Genial. Ven, te invito a un café.

—Sabes que no me gusta el café.

—Pues me lo tendré que tomar yo, qué pena.

Me cogió ventaja y se dirigió velozmente a la cafetería que había al lado del parque. Sonreí mientras le miraba alejarse.

No tenía remedio.

**EVA:**



No era un mal grupo de gente. O al menos, no lo parecía así de primeras. Había de todo: quien me había mirado con simpatía nada más me había presentado Sebastián y a quien parecía no hacerle mucha gracia que yo estuviera allí.

Pero mientras hubiera gente del primer grupo, yo estaba más que satisfecha.

—Acabas de terminar segundo de bachiller, ¿no? —me dijo una chica de ojos claros y sonrisa encantadora.

Los chicos, mientras tanto, jugaban al baloncesto. Yo no les prestaba la menor atención, a decir verdad. Había un grupo de chicos que no jugaba, pero estaba al otro lado de la cancha. Parecía que estaban segregados de una manera extraña.

—Sí —me limité a decir, con amabilidad.

—¿Y qué carrera vas a hacer?

—Me voy a Madrid a estudiar Relaciones Internacionales.

Se oyeron varios murmullos de admiración. Sonreí.

—Ya, el nombre suena muy bien, pero no es para tanto —continué—. ¿Y vosotros?

Me estuvieron contando durante un rato lo que iban o lo que querían hacer, ya que no todas ellas tenían la misma edad. Se juntaban chicas desde los quince años hasta los veinte. Había dos que estaban haciendo Periodismo juntas, en otra ciudad, una que iba a empezar Derecho y otra que haría lo propio con Ingeniería Química.

En la variedad está el gusto, o eso dicen.

—¿Os conocéis desde hace mucho? —me aventuré a preguntar.

—De toda la vida, prácticamente —contestó una, cuyo nombre (creía recordar) era Sonia—. Nuestros padres veranean aquí desde siempre.

—Yo directamente vivo aquí —dijo otra—. Durante el curso me llevan en coche a la ciudad todos los días.

—Vaya —dije, admirada.

—Ya, es un coñazo —sonrió la chica.

—Parece que habéis hecho buenas migas —dijo la voz de Sebastián a mis espaldas.

Me giré para verlo, bastante sudado y con los brazos en jarras. Jadeaba un poco, parecía haberse esforzado mucho.

—¿Le dais el visto bueno, chicas? —dijo, sonriendo.

Asintieron casi todas, más de las que hubiera esperado. Parecían gente bastante maja. Aunque aún no las conocía, claro.

—¿Habéis ganado? —le preguntó Sonia a Sebastián.

—¿No lo sabéis?

—No os estábamos mirando.

Varias chicas soltaron una risita.

—¿No? —pareció decepcionado—. ¿De qué sirve traeros a los partidos entonces? Deberíais animarnos...

Empezaron así una discusión amistosa bastante entrañable. Los miré con diversión; yo nunca había tenido un grupo de esos de los que todo el mundo se conoce de toda la vida y me hubiese hecho ilusión tenerlo.

Todo indicaba que aquel verano no iba a ser tan horrorosamente aburrido como pintaba en un principio.

—¿Y tú quién eres?

Me sorprendió un poco oír una voz desconocida a mis espaldas, y pegué un respingo. Era bastante susceptible a los estímulos y me asustaba con facilidad. Por suerte, aquella vez no se notó demasiado.

Me giré para encontrarme a un chico bastante grande mirándome fijamente.

—Max, deja a la chavala en paz, anda —oí que decía la voz tranquilizadora de Sebastián.

—Soy Eva —le contesté a aquel chico sin dejar de mirarle a los ojos ni un segundo.

Era muy alto, no tanto como Sebastián pero sí podría mirarle a los ojos sin resultar patético. Bastante ancho de hombros, dudaba que cupiera por la mayoría de las puertas normales.

—¿Y qué haces aquí? —siguió preguntando con una sonrisa socarrona.

Parecía hacerle gracia la situación, y yo no le veía ningún sentido a aquello.

Suspiré y me di la vuelta, dándole la espalda. Eso no le gustó nada. Tiró de mi hombro para hacerme mirarle de nuevo.

—Suéltame —amenacé.

—No —dijo él con un tono bastante peligroso.

Nos miramos fijamente durante unos eternos segundos, con odio. Parecía que había nacido una rivalidad entre nosotros, y eso que ni siquiera nos conocíamos. Sebastián se acercó para separar al tal Max de mí.

El chico enorme dio varios pasos hacia atrás sin dejar de mirarme fijamente, luego se dio la vuelta y se marchó con el resto de los chicos que habían estado jugando el partido.

—No le hagas ni caso, es bastante rarillo. Se cree el rey del mundo —dijo Sonia con voz resignada.

—Eso mismo —corroboró Sebastián—. En el fondo es un buen tío, aunque no lo parezca.

—Eso es lo que dice siempre Sebas de cualquiera. Ya puede ser un asesino en serie... —bromeó otra chica.

—Saca lo bueno de todo el mundo —resumí yo volviendo a sonreír.

—¡Exacto!

Me reí un poco. A pesar de aquel mal rato con Max, parecía un grupo bastante divertido. Veríamos como se desarrollaban los acontecimientos los siguientes días.

## **LETICIA:**

—¿Cómo vas a ir?

—¿Perdón? —pregunté, sin entender del todo la pregunta.

—Que cómo vas al centro el sábado... —repitió Lorena, fingiendo paciencia infinita y poniendo los ojos en blanco.

Lorena siempre me decía que tenía la cabeza en las nubes.

—Ah —dije, no sin sentirme un poco mal por su condescendencia. No me gustaba nada esa actitud que exhibía hacia mí cuando estábamos en grupo—. Me lleva mi padre, creo.

—¿Me puedes llevar?

Moví un poco la mandíbula, sabía que esa pregunta iba a llegar inmediatamente después de mi respuesta. No me importaba llevarla, pero no me gustaba hacerlo cuando no se portaba conmigo todo lo bien que debería. Era como tener que hacerle un favor por presión social y no porque fuese mi amiga. Que a veces dudaba si lo era.

—Claro —acabé respondiendo, como siempre.

—¿Y a la vuelta? —preguntó.

—Mi padre no puede.

—Pues mi madre tampoco.

Varias personas estuvieron en la misma situación. Al final acordamos dividirnos en grupos según la zona en la que vivíamos y volvernos en taxis.

Pensé que aquel era un momento como cualquier otro para responderle el *WhatsApp* a Eva:

*Yo también te echo de menos. Vamos a salir esta noche, ¿tú qué vas a hacer?*

—¿Qué os vais a poner? —decía en ese momento Mariola, emocionada.

Le gustaba mucho la moda, los complementos y en general combinar conjuntos. Siempre que íbamos a salir, hacía esa misma pregunta. Muchas veces la envidiaba por ese entusiasmo: yo era incapaz de sentirlo. Había veces que me sentía poco femenina por eso.

—Leticia se va a poner el vestido azul —llegó la voz de Edu.

No tuve ni que darme la vuelta para replicar.

—Cómo te gusta meterte en estas cosas.

—¿El vestido azul? Es muy bonito —dijo Mariola, sonriendo.

—¿A que sí? Le queda muy bien —corroboró Edu.

A veces pensaba que hacía esas cosas solo para molestarme. Insistir tanto... sabía que me fastidiaba que lo hiciera. Puse los ojos en blanco y la conversación derivó a otra cosa. Más tarde, me acerqué a Edu para reñirle, pero me cogió Pablo por banda y me apartó un poco del grupo.

—¿Qué pasa? —pregunté, algo extrañada.

—¿Hoy me pongo la camisa de cuadros o la verde?

La pregunta me dejó un poco descolocada.

—La verde —le dije sin apenas pensar mi respuesta—. ¿Por qué?

—Creo que hoy me voy a lanzar.

Puse cara de sorpresa, pero mezclándola con la alegría que sentía.

—¿En serio?

Asintió efusivamente, poniéndose algo rojo. Me había hecho su confidente hacía unos meses, y por ello me había enterado de que le gustaba muchísimo Mariola. Había tenido que pasar una temporada muy mala porque nuestra amiga tenía novio, pero ya hacía más de tres semanas que lo habían dejado. Tenía vía libre.

—Es ahora o nunca —resumió Pablo, muy seguro.

Y lo era. Llevaban una temporada llevándose muy bien y tonteando visiblemente. Se lo había estado currando mucho, cuidándola y prestándole toda su atención, y se notaba que la chica lo agradecía. Muy mal se le tenían que dar las cosas para que no acabaran besándose esta noche.

Apoyé mi mano en su hombro, más que orgullosa de él. Era un paso que yo nunca

hubiera tenido el valor de dar. Solía admirarme mucho la gente que hacía cosas de las que yo no era capaz.

—Todo saldrá bien, estoy convencida —dije con seriedad, mirándole fijamente.

Y no era del todo mentira. Probablemente saliera bien, Pablo sabía ser bastante romántico cuando se lo proponía y Mariola necesitaba un poco de romanticismo en su vida. Además, era un chico bastante atractivo que siempre la había tratado muy bien, y más ahora... ¿por qué no?

Me pregunté, una vez más y como hacía con todo últimamente, por qué ese tipo de cosas nunca me pasaban a mí. Que un chico tan fantástico como Pablo se diera cuenta con el paso de los años de que yo era la chica perfecta para él y lo diera todo por conquistarme y hacerme feliz.

Suponía que eso solo les pasaba a otras y que había algunas a las que simplemente no nos tocaba un príncipe azul.

**EVA:**

—¿Qué os parece si esta noche damos un paseo por la playa? ¿Ya has visitado la playa, Eva?

Sonreí, risueña.

—No, no me ha dado tiempo. Iba hacia allí cuando me encontré con Sebas.

—¡Pues así te la enseñamos! —era impresionante el entusiasmo que tenía Sonia.

—Me parece genial —dije con sinceridad, divertida.

Llevaba apenas dos horas charlando con aquellas chicas y ya me sentía como en casa. No podía parar de repetirme mentalmente la suerte que tenía de haberme topado con un grupo como aquel.

Las comparaciones de lo que había pensado que iba a ser mi verano y lo que parecía en ese momento que iba a ser resultaban tener unas diferencias abismales.

Vibró mi móvil, con el sonidito tan molesto del *WhatsApp* que no podía quitar o no me enteraría de que me hablaban. Lo saqué del bolsillo, sabiendo que iba a ser Leticia.

Me preguntaba qué iba a hacer esa noche. Miré a las chicas que tenía delante, quienes conversaban animadamente sin prestarme ya mucha atención, sonreí y contesté:

*Pues voy a dar un paseo por la playa con unas amigas que he conocido. Pásalo genial ☺. Y contrólos un poco, ya sabes...*

Volví a guardar el móvil y me encontré con la mirada expectante de Sonia.

—¿Tu novio, puede ser? —aventuró levantando varias veces las cejas.

No pude sino reírme.

—Qué va. No tengo novio. Era mi mejor amiga.

—¿Novia?

Sonreí de nuevo.

—No, no soy lesbiana.

—¿Seguro?

—¿Me estás tirando los trastos? —bromeé.

Aquel comentario se mereció unas risas por parte de todos, incluida la propia Sonia.

—Vale, me lo he buscado.

—¿Y tú tienes novio? —contraataqué.

Frunció un poco los labios con expresión divertida.

—Y esa también me la merecía —comentó—. Pues no, no tengo. Aquí los únicos con pareja son Rebeca y Sebas.

Me sorprendió un poco aquel descubrimiento. Sebas tenía novia. Y no sabía ni por qué me sorprendía, era un chico muy atractivo (y muy alto) y muy sociable (y muy alto) y además trataba bien a todo el mundo, incluso a quien no se lo merecía... ¡cómo trataría a una novia! Y era muy alto.

Sonreí para mí.

—¿Y están saliendo entre ellos o con otras personas? —pregunté por curiosidad y por seguir con la conversación.

—Entre nosotros —intervino la voz de Rebeca.

Era una chica de pelo castaño bastante guapa y con una gran sonrisa siempre pegada a la cara. Al instante me cayó bien.

—Hacéis muy buena pareja —dije con amabilidad mientras les miraba alternativamente—. ¿Cuánto lleváis?

—Once meses, haremos un año dentro de nadan —sonrió ampliamente, visiblemente emocionada por ese hecho.

Las chicas que tenía a su lado le dieron sendos codazos amistosos y Rebeca enrojeció.

“Muy linda” consideré mentalmente.

Parecía una buena pareja para Sebas. Me sentí un poco estúpida al pensar esto último: no tenía ningún derecho a valorar a aquella chica que acababa de conocer, y mucho menos juzgar si merece la pena para un chico que también acababa de conocer.

Igual se me estaba yendo un poco la pinza.

—¿Y cómo empezó todo? Me encantan esas historias —me justifiqué.

Y era la pura verdad. Siempre hacía la misma pregunta cuando me enteraba de una pareja. Me gustaba vivir a través de sus palabras todas las historias bonitas que contaban. Y además me encantaba el hecho de que lo narraran de una forma tan emotiva, porque era algo importante para ellos.

Yo personalmente había tenido en total dos relaciones; una había durado apenas tres semanas (lo justo para darme cuenta de que yo al chico en realidad no le interesaba) y la última, siete meses. No había funcionado porque el chico me engañó con otra y además me había enterado de la peor manera posible: me lo habían tenido que decir unas amigas mías que lo habían visto.

Vamos, que en cuestión de chicos estaba más que harta de malas experiencias. Habían sido dos, pero en ambas había sido yo la perjudicada. Ellos habían seguido tan panchamente con sus vidas mientras yo sufría en silencio. Nunca había sido alguien que contara sus sentimientos así como así. Solo a Leticia, mi mejor amiga, y aún así me costaba bastante. No tenía una mejor sensación después de soltarlo todo, incluso a veces me sentía peor. Prefería guardarme ciertas cosas para mí misma, reservarme.

Leticia, al contrario, lo contaba todo, siempre. Y siempre a mí. Y yo me sentía muy afortunada de ser su pozo de secretos y sentimientos. Algunas veces (había que reconocerlo) me saturaba con sus dramas, que eran siempre los mismos (“nunca me querrá nadie”, “soy fea”, “no me atrevo”) pero con pensar en lo importante que era ella para mí, se me pasaba. Además, una de las cosas que más me gustaban en el mundo era

la sensación que se me quedaba después de conseguir animar a mi mejor amiga.

—Pues nos conocíamos de toda la vida —empezó Rebeca, soñadora y con una sonrisa. Sebas se sentó cerca del grupo para oír su relato, pero ella no le miró en ningún momento, como si prefiriera hacer como que no estaba ahí—. Y a mí llevaba gustándome... ni se sabe —se rió—. Pero no me atrevía a hacer nada, claro. Ya ves que soy muy tímida. Pero el verano pasado hicimos una acampada, me llevó a dar un paseo y me confesó que yo le gustaba. Eso me dio valor para decirle lo que sentía. Y desde entonces estamos juntos.

En efecto, se notaba en su voz una emoción contenida que me enterneció.

—Es una historia preciosa —dije con total sinceridad.

—Gracias —dijo Sebas desde su posición.

Rebeca le sacó la lengua.

—Os la robo un momento —continuó el chico, levantándose y llevándose a su novia a dar un paseo.

—Ya los has puesto románticos, a estos no les volvemos a ver el pelo hasta por la noche. Por tu culpa —me recriminó en broma Sonia.

Yo observaba cómo se alejaban, risueña. No tardaron mucho en darse la mano.

—Asumo toda la responsabilidad.

## **LETICIA:**

—¡Qué guapa estás! —le dije a Mariola en cuanto la vi.

—Tú también —me dijo con una gran sonrisa.

Y podía ser un sentimiento tonto, pero me alegraba mucho de que Mariola estuviese tan guapa el día en el que Pablo le iba a confesar sus sentimientos. Con su blusa blanca y la falda larga hasta los tobillos, como una princesa. Una princesa de cuento a punto de ser rescatada por un gran príncipe.

“Tú tan cursi como siempre”, pensé para mí.

Me esperaba la noche más aburrida del mundo, compitiendo con otras muchas que había vivido. Lo de siempre: botellón en el Cantón (donde lo hacía todo el mundo, por supuesto) y luego, a eso de las tres de la mañana, intentar entrar en locales a los que no nos dejarían pasar por tener (o aparentar, más bien) menos de dieciocho años.

A pesar de que la mayoría de nuestro grupo ya era mayor de edad, nunca nos salíamos con la nuestra. Una de dos: o a los demás no les dejaban pasar (teníamos un par de amigos que no aparentaban más de quince) o ponían la excusa de que el local era para mayores de veintiuno.

En las veces que había salido (muchas más de las que me habían apetecido) habíamos logrado entrar en tres locales. Tres. Y no había sido por falta de labia o de persistencia.

Negué con la cabeza al repasar mentalmente el plan de aquella noche. Que también era, dicho sea de paso, el de todas las noches pasadas y el de las venideras.

No lograba entender cómo había gente que encontraba diversión en aquello. O tal vez fuera el hecho de que yo era la única persona del grupo que no bebía. Y con beber me refiero, obviamente, a alcohol.

Y tenía mis razones.

La principal era que todo lo que había probado hasta la fecha no me gustaba. Y me parecía una tontería beber algo que no me sabía bien. Después estaba el hecho de ver a todos mis amigos borrachos (que algunos se solían pasar mucho) y no querer dar esa impresión.

Y también estaba el miedo a decir o hacer cosas de las que luego me fuera a arrepentir. Había gente que decía que eso era “lo gracioso”. A mí no me parecía gracioso en absoluto. Si normalmente no hacía o decía esas cosas, era por un buen motivo.

Y tampoco me gustaban las razones que tenía la gente para beber. Para pasárselo bien, decían. Me parecía un poco (bastante) triste que solo pudiesen pasárselo bien cuando estaban borrachos.

Comprendía muy bien que cuando se es tímido (como en mi caso) tener una ayuda para desinhibirte un poco resultaba algo así como un milagro, pero me parecía mejor intentar superarlo por uno mismo. Aún así trataba de ser consciente en todo momento de que esa era mi opinión y probablemente lo estaba viendo todo de una manera muy subjetiva.

—¡El vestido azul!

Edu venía corriendo hacia mí con los brazos extendidos.

—¡El pesado de turno! —le grité en respuesta, sarcástica.

No obstante, nunca rechazaba ninguno de sus abrazos.

—Te lo voy a arrugar —me dijo al oído, risueño.

—Me da bastante igual —dije con sinceridad.

Se apartó un poco de mí para mirarme a los ojos.

—Estás guapísima.

—Ya, ya, ya —dije con voz cansada—. Mira quién fue a hablar, James Bond.

Se había peinado un poco el pelo hacia atrás y llevaba una camisa negra que resaltaba su sonrisa blanquísima.

—Gracias, gracias —se rio un poco—. Resérvame un baile.

Y dicho esto y sin darme tiempo a negarme en redondo, se dio la vuelta para volver con los chicos. Cerré la boca y negué con la cabeza.

—Leti, ¿vienes?

—Sí, sí, ya voy.

Me reuní con las chicas, que se dirigían al supermercado más cercano a comprar las bebidas. Ya casi me había aprendido de memoria los precios, y sabía que lo que compraran dependía mucho del día que fuera. Si era a primeros de mes, cuando a todos les acababan de dar la paga, solían comprar bebidas un poco más caras. A medida que iban pasando los días, su presupuesto se minimizaba e igualmente lo hacía la calidad del alcohol.

Era un estudio que estaba haciendo que me hacía bastante gracia. Me gustaba observar el comportamiento de las personas.

Estábamos a día tres, así que se lucieron con sus compras. Sonreí para mí al comprobar que mis teorías nunca fallaban.

Pagaron y salimos del supermercado. Comenzaba a formarse una cola inmensa y nada más salir ya se respiraba el ambiente de siempre.

No sabría describirlo muy bien, y si alguien puede, que me lo diga. Se palpa, se huele, se siente. Ese ambiente algo turbio y sobre todo muy confuso que lo envuelve todo

las noches que *se sale*.

La noche ya empezaba a caer y yo les ayudaba a llevar las botellas. Era la única que no llevaba tacones y varias de mis amigas perdían bastante el equilibrio cuando los llevaban puestos. Prefería ayudarlas a verlas caer.

Por mi parte, los tacones me resultaban horriblemente incómodos. A los dos minutos ya me dolían los pies y caminaba como un pato con ellos. No era que no me gustaran (es más, me sentía muy “guay” llevándolos) pero tampoco me iba la vida en ello y prefería estar cómoda.

Ya era lo suficientemente alta por mí misma.

Llegamos a la zona del Cantón, donde todo el mundo bebía y configuraba el archiconocido “botellón”.

No sabía cómo era en otras ciudades, pero en la mía no daba tanto miedo como decían las noticias. Había un par de peleas por noche, eso era cierto, pero no solían ser mucha cosa. Es más, personalmente no había visto ninguna en directo. Todo eran cosas que me contaban. Y a veces dudaba incluso si se trataba de rumores falsos inventados para que pareciese que la noche había sido más interesante de lo que en realidad había sido.

—¡Ey! —se oyó la voz de alguien—. ¡Están poniendo un escenario en la plaza de Armas!

Nos giramos para mirar que, efectivamente, estaban a punto de terminar de montar un gran escenario de estructura negra.

—¿Hay un concierto? —dijo otra persona.

—Vamos a investigar, ¿quedamos en el Cantón?

Varios asintieron y otros se fueron a Armas. La verdad es que me sentí algo culpable por no prestarles atención, pero estaba en mi mundo. A veces me daban ramalazos de ese tipo: me abstraía y tenía que esforzarme para volver a centrar mi atención en el mundo real.

*Ojalá estuvieras aquí Eva, ¡vaya novecita de aburrimiento me espera! Pásalo bien en la playa.*

Le di a enviar con una sonrisa en los labios. Al menos mi mejor amiga se lo estaba pasando bien. O eso esperaba.

## **EVA:**

Me había dado el tiempo justo a ir a mi casa a cambiarme, avisar a mi madre de que llegaría tarde (lo cual no le hizo ninguna gracia, pero no le di tiempo a rechistar) y salir pitando hacia la playa. Los demás ya estaban preparados pero me habían dicho que era mejor que me abrigara un poco más, que por las noches en la playa hacía frío. Así que había ido a la pequeña casita como alma que lleva el diablo para que no se fueran muy lejos sin mí.

Cuando llegué, algo cansada (más bien MUY cansada) me llevé una grata sorpresa al comprobar que me estaban esperando.

Leí el *WhatsApp* de Leticia cuando ya caminaba con el grupo de camino al centro de la gran playa, la mayor atracción turística de ese pueblo y por lo que iba allí la mayoría de la gente.



No podía negar que era muy bonita, pero aún solo la había visto de noche, y ya se sabe: de noche todos los gatos son pardos, y todas las playas bonitas.

Se oía un agradable ruido de olas complementado con la cháchara del grupo de gente. Éramos menos que en la cancha de baloncesto (se veía que solo a los mayores les dejaban ir a esas horas a la playa) pero aún así era bastante más gente que con la que tenía planeado pasar el verano (ninguna), ya que mis libros no se podían considerar gente y mi madre... era mi madre.

Nos sentamos haciendo un círculo y, no se sabe de dónde (o al menos yo nunca llegué a saberlo) salieron varias botellas de alcohol, unas cuantas de refrescos y un montón de vasos.

Abrí mucho los ojos al darme cuenta de lo que planeaban hacer. Parecía que era algo habitual en ellos. No sabía por qué, pero tenía la sensación de que estaba en un mundo completamente diferente al mío. Por lo visto, la noche que iba a pasar Leti y la mía no se diferenciaban tanto.

Me ofrecieron un vaso lleno y lo acepté, más por no quedar mal que por cualquier otra cosa. Pensé para mí que ojalá fueran buenas personas y eso no estuviera envenenado o algo así.

“No es de gente sensata beber algo que te da un desconocido”.

Pero había demasiada gente mirándome y probablemente pendiente de mi reacción como para ponerse tiquismiquis. Le di un trago con tranquilidad, como si estuviera completamente relajada.

No sabía mal. Tampoco demasiado bien, pero había probado cosas peores. Incluso había bebido varios vasos de cosas peores.

Se podía soportar. Me pregunté si tendrían una licorería en el pueblo o algo parecido, y si les saldría muy caro todo aquello. Era natural en mí hacerme muchas preguntas, ya que me chocaba un montón que me estuvieran invitando a esto.

No se parecía en nada al procedimiento que seguían mis amigos en la ciudad.

Por una parte tenía bastante curiosidad, por otra parte iba a beber extremadamente despacio para no dar oportunidad a que me echaran más. No tenía pensado emborracharme en medio de tantos desconocidos. A saber qué saldría de ahí, y a pesar de lo que pensara alguna gente, yo no era tonta. A veces se confundía la efusividad con la estupidez.

Bebí otro sorbo, y cada vez sabía mejor. Eso solía pasarme así que no le di importancia. Sabía cómo se comportaba (de mal) mi cuerpo.

Me fijé en que había de todo: gente que básicamente engullía la bebida (si es que eso se puede hacer, es la mejor manera que se me ocurre de describirlo) y algunos incluso que no tenían vaso y se limitaban a observar.

Crucé la mirada con Sonia, que era del segundo tipo, y le sonreí. Me devolvió la sonrisa mientras miraba a mi vaso. Me encogí de hombros, como diciendo “qué remedio, hay que encajar”. Pareció entenderlo porque me dirigió una mirada de comprensión.

Estaba bien saber que había gente como ella.

Una hora y media más tarde, todos estaban ya bastante mal (a algunos ni se les entendía) y alguien (aún no se sabe quién, nadie se acuerda y quien estaba medianamente bien no prestó atención) propuso jugar a la botella.

El principio del fin.

## LETICIA:

—Es un concierto de un grupo que se llama Apache —informaba Antía dos minutos después de que el grupo que se había ido a investigar a la plaza de Armas (plaza donde se localizaba el ayuntamiento de la ciudad) hubiera regresado—. Es un grupo tributo a Pink Floyd, Queen... y no me acuerdo de qué más. Me quedé con esos porque sé que a Edu le encantan.

Sonrió a mi mejor amigo, quien como ya se esperaba todo el mundo daba saltos de alegría exagerados. Un par de amigos más, entre ellos Pablo, también eran muy aficionados a esos grupos así que se le unieron en aquella especie de danza extraña que parecía ser muy divertida.

Por un momento deseé tener la valentía de poder hacer esas cosas sin pensar en mi vergüenza ni en qué pensarían los demás de mí. Simplemente ser libre y divertirme de manera pura y sincera.

Creía que por eso no lo pasaba tan bien por las noches como los demás. Me importaba demasiado el “qué dirán” en ese sentido. En otros, no. Por ejemplo, no me iba ese rollo de hacer cosas solo para “encajar”. Para mí, si tenías que hacer cosas que no te gustaban para encajar en un grupo, no merecía la pena la gente que estaba en él. Y punto.

No se merecían mi vergüenza.

Lo que sí que me gustaba de Edu, por ejemplo, era que había sido capaz de animarme a ir perdiendo el miedo poco a poco, pero sin presionarme de ninguna manera a hacerlo. Todo había acabado saliendo de mí sin darme cuenta. Gracias a él.

En ese momento, vi cómo Pablo dejaba de saltar, se acercaba a una sorprendida Mariola y le hacía gestos de ir a dar un paseo. La chica asintió aún algo confusa.

Sonreí. Ella no sabía lo que iba a pasar, era lógico. Pero yo esperaba que todo saliera muy bien. Se lo merecían.

—¿Entonces vamos al concierto? —intervine en la conversación.

No parecía haber mucha gente interesada en ir.

—Anda, para una cosa que hay... —insistí un poco—. ¡Si aquí nunca hacen nada! Luego nos quejaremos...

Varias personas parecieron estar considerándolo. Desde luego, los fans incondicionales de los grupos a los que hacía tributo Apache estaban más que determinados a ir. Conseguí, al final, que Antía se animase a venir.

No me hubiera importado ir solo con los chicos pero sabía que en cualquier momento se pondrían más a su bola y pasarían (inevitablemente) un poco de mí. Incluso Edu. Pero lo veía tan comprensible que ni era capaz de quejarme.

A Antía le gustaban también esos grupos y era una de las chicas con las que mejor me llevaba. Era muy guapa, con el pelo rubio oscuro hasta la cintura y los ojos grandes y negros.

Y además muy simpática, o al menos eso me parecía.

Era de esas chicas a las que no podías evitar tener envidia pero que te sentías mal por tenérsela porque se merecían lo bueno que les pasaba.

Un poco contradictorio.

Nos pusimos en marcha un poco a la carrera, por si acaso llegábamos tarde. Aunque del Cantón a la plaza de Armas había menos de cinco minutos. Además, cuando llegamos resultó que casi no había nadie y ni siquiera habían empezado.

Nos apresuramos a coger un buen sitio desde el cual se viera bien el escenario y no molestásemos demasiado al resto de la gente.

Había un par de técnicos subidos a la gran estructura negra encargándose de que todo estuviera bien: comprobaban los micrófonos, las luces...

Me preguntaba si no debían sentir un poco de vergüenza ya que todo el mundo les estaba mirando fijamente, a falta de otra cosa que hacer antes del concierto.

Miré distraídamente a mi alrededor en busca de alguien conocido: en una ciudad tan pequeña, era bastante habitual que te sonaran casi todas las caras.

Me extrañó no reconocer a nadie pero no le di demasiada importancia; seguí hablando con Antía de por qué le gustaban esos grupos y qué les veía a sus canciones.

—Yo sinceramente soy más de pop comercial —reconocí con una sonrisa y sin avergonzarme lo más mínimo—. Pero las canciones que he escuchado de esos grupos me gustan bastante.

—Pues te paso algunas cuando te pille conectada, te pienso bautizar en este tipo de música. —Me dedicó una gran sonrisa de complicidad.

Observé cómo unos chicos que pasaban por detrás de Antía no le quitaban ojo de encima. Básicamente le hicieron un escáner con la mirada. Me apresuré a decírselo, no desaprovechaba una oportunidad de subirles la autoestima a mis amigas, sobre todo a las que mejor me caían.

—Boh, te estarían mirando a ti —dijo, poniéndose ligeramente colorada.

Hice un gesto leve con la mano, señal de que no había ni la más mínima posibilidad de que eso fuera cierto.

—Tú no los viste, estaban demasiado ocupados contigo para darse cuenta de que había otra chica —bromeé.

En cierto modo no me gustaba tocar ese tema. Tenía la autoestima por los suelos normalmente y cosas como que esos chicos no se hubiesen fijado ni por un segundo en mí, la hundían más y más. Y sí, la teoría la tenía clara: gustarse a una misma, que no te importe lo que piensen los demás y blá, blá, blá.

Pero la práctica no era tan sencilla. O para mí nunca lo había sido.

En ese momento, el grupo Apache se subió al escenario y empezaron a tocar. Tardé más de veinte minutos en darme cuenta de que debían de tener todos más de cincuenta años: tenían una vitalidad asombrosa y envidiable, y parecían estar pasándoselo tan bien que daban la sensación de tener veinte como mucho.

Impresionantes. Y eso lo decía yo, que no sabía si realmente interpretaban bien las canciones de esos grupos. Pero es que también lo decían Edu y Antía, los grandes admiradores. Estaban que no cabían en sí de gozo.

Y a mí me gustaba verlos así.

Sonreí mientras me mecía al son de la música. Edu me pasó el brazo por los hombros para incitarme a bailar y yo cogí por el otro lado a Antía. Nos balanceamos juntos durante toda la canción.

Igual no iba a pasarlo tan mal después de todo. Solo tenía que durar el concierto... toda la noche.

**EVA:**

Nunca me había gustado el juego de la botella. Cuando a alguno de mis amigos le daba la venada de empezarlo, siempre salía huyendo. Literalmente.

No me gustaba la perspectiva de verme obligada a besar a nadie en contra de mi voluntad y dependiendo solo del azar que puede dar el giro de una botella.

Pero de alguna manera no podía librarme, o podía pero no destacaba como buena idea: era el primer día con aquel grupo y sentía como si tuviera que andar con pies de plomo para caerles bien. Si empezaba a esas alturas negándome a hacer cosas con ellos... desde luego no podía acabar bien.

Además, lo de siempre: si no participas, no puedes mirar. Y entonces, ¿qué hacía? ¿Me levantaba y me iba yo sola a casa? Parecían todos bastante dispuestos a jugar, y una parte de mí me decía que yo no iba a ser menos. Aunque, en el fondo, no estaba para nada tan convencida. Todos esos pensamientos dieron vueltas en mi cabeza tanto tiempo que, antes de que pudiera ordenarlos, empezó el juego.

La botella giró y se tuvieron que besar dos chicas. Hubo un grito general de excitación, sobre todo por parte de los chicos, a los que parecía encantar de una manera especial aquello. Una de las chicas parecía mucho más tímida que la otra y el beso fue rápido y sin ningún tipo de pasión, pero al parecer aún así resultaba fascinante. Nunca lo entendería.

Cuando la botella giró la segunda vez, empezaba a formarseme un nudo en el pecho. Observé detenidamente a la gente que tenía a mi alrededor.

La mayoría, chicas tan nerviosas como yo que también parecían pensar que no tenían otra opción más que jugar. Me pregunté si alguna de ellas no había recibido aún su primer beso y, en tal caso, si le obligarían a darlo en caso de tocarle el turno.

En mi grupo de amigos habitual, a las personas que aún no habían dado su primer beso se les eximía de jugar a la botella, puesto que a nadie le parecía que su primera vez tuviera que ser así. En ese grupo, no obstante, no sabía si era importante o no para ellos ese preciso detalle.

Yo no hubiera jugado de no haber besado ya a varios chicos. E incluso habiéndolo hecho, no me hacía demasiada gracia. Pensaba que los besos eran algo que debía darse porque la otra persona te gustaba, no porque de repente te lo ordenaran.

Los chicos parecían menos nerviosos, pero nunca entendería cómo eran esas cosas para ellos. Parecía que a las únicas a las que nos importaba de verdad era a nosotras.

Pero eso, claro, lo decía con completo desconocimiento de causa. No tenía ni idea de la forma de pensar de un chico. Es más, sospechaba que nunca la tendría. Y además tenía que reconocer (porque ya me habían echado la bronca varias veces por ese detalle) que cada persona es un mundo.

Entre ellos encontré la mirada de Sebas, quien me sonrió como apoyándome, y la de Max (para mi desgracia) que lo que me dijo con los ojos fue básicamente “te la tengo jurada”. No pude evitar que un escalofrío me recorriera la espina dorsal. Me estaba dando muy mal rollo.

“Es inevitable caerle mal a alguien”, pensé para mí, intentando animarme un poco.

Luego me di cuenta de que era un poco patético intentar levantarme el ánimo a mí misma, pero no le di demasiada importancia. Es verdad que a veces el mejor apoyo que tenemos somos nosotros mismos.

—Eva... —dijeron varias voces al mismo tiempo, haciendo que dirigiera mi mirada

hacia la botella, que me apuntaba directamente.

“Mierda”, pensé para mí, con fastidio. Una sensación de nerviosismo se extendió por todo mi cuerpo, dejándome casi paralizada.

La botella giró otra vez y tenía el corazón en un puño cuando apuntó directamente hacia...

Sebas.

Abrí mucho los ojos y lo primero que hice fue mirar a Rebeca, a quien parecía no importarle demasiado ese tema. La estuve mirando un rato sin saber muy bien qué hacer hasta que fue el chico el que se acercó y plantó sus labios en los míos.

Fue un beso pequeño y más cariñoso que otra cosa. No estaba muy segura ni de haber cerrado los ojos. Volví a mirar a su novia y respiré aliviada al ver que no parecía enfadada en lo más mínimo.

“Menos mal”, pensé para mí. “Está bien eso de que no sean extremadamente celosos.”

Y lo estaba sobre todo después de conocer a una pareja de amigos que eran los celos hechos persona. Cuando uno parecía tontear con otra persona, el otro miembro de la pareja se rebotaba y tonteaba con otro, y así en un pique hecho bucle infinito que solo llevaba a que se cabrearán.

Aunque luego siempre lo arreglaban, lo que me llevaba a preguntarme muchas cosas acerca de los celos y sobre si eran buenos, malos o simplemente naturales. O quizá eran inevitables y lo realmente mutable era lo que hacías con ellos o debido a ellos.

La botella dictaminó que se besasen un chico y una chica que parecían tener muchas ganas el uno del otro. Fue bastante gracioso porque acabaron teniendo que separarlos y en cuanto lo consiguieron, los dos dejaron de jugar y se fueron a dar un paseo. Todo el mundo sabía para qué se iban así que hubo unas cuantas risas generales.

Después de eso no podía parar de sonreír. Ese tipo de felicidad, tan pura y bonita, se me contagiaba muy rápido. Tan rápido que a veces parecía hasta tonta, pero era uno de mis rasgos de los que me sentía más orgullosa.

Y sonreí aún más cuando vi que la botella señalaba, amenazadora, a Max. A ver con quién le tocaba a ese chaval tan agresivo y raro. Empecé a rezar porque fuera un chico, no porque tuviera algo en contra de los gays (que no lo tenía) sino porque los chicos solían ponerse más nerviosos cuando les tocaba besarse con otro de su mismo sexo y no eran homosexuales.

Pero tuve que parar de sonreír de golpe en cuanto la botella se paró justo enfrente de mí.

**LETICIA:**

—¡Hoola !

Una mano en mi hombro me advirtió de que me acaba de encontrar con alguien conocido. O más bien que alguien conocido me había encontrado a mí. Era una chica con la que había ido a clases de guitarra cuando me había dado la vena de aprender a tocarla. Nos habíamos hecho muy amigas y, aunque apenas hablábamos (lo cual me parecía una pena) siempre nos saludábamos muy efusivamente. En cuanto se tuvo que ir porque sus amigos estaban esperándola, me giré para seguir disfrutando del concierto.

Habíamos avanzado hasta la primera fila porque la gente poco a poco se había

empezado a ir. Quizá no era lo que esperaban o quizás solo hacían tiempo para ir a otro sitio, pero nos estábamos quedando prácticamente solos.

Así que ahí estaba yo, en primera fila de un concierto de un grupo del que no me sabía ni una sola canción (aunque me salvaba porque la mitad me sonaban aunque fuera un poco) y bailando como podía mientras sujetaba a otro amigo, que estaba un poco borracho y no paraba de gritarme las traducciones de dichas canciones al oído.

No obstante, no lo estaba pasando mal. La actitud de mi amigo me hacía bastante gracia y había buen ambiente. Poco ambiente, debido a la escasez de público, pero bueno al fin y al cabo. Observé un grupo que teníamos al lado: un montón de chicas y un chico bastante grande. Tenía pinta de ser el típico chico que va con la novia a todas partes y luego acaba con su grupo de amigas también.

Sonreí al darme cuenta de que otra vez estaba haciendo teorías. Era algo que compartíamos Edu y yo: nuestra obsesión por examinar al resto de la humanidad.

Cómo si fuese fácil clasificar a la gente por una serie de patrones sociales. Decir “tú eres así porque haces esto” no estaba bien, pero era entretenido ver cómo, en muchos casos, había extrañas o más que predecibles coincidencias.

El concierto acababa, una grandísima pena puesto que me temía que luego volveríamos al botellón y no me apetecía nada intentar sacar conversación de dónde no la había.

En ese momento, mi amigo borracho (Iago) se despegó de mi oído y vi con sorpresa cómo se enganchaba al chico del grupo de al lado y empezaban a cantar juntos las canciones. El chico parecía estar divirtiéndose, al igual que yo mientras les observaba.

Negué con la cabeza mientras me daba la vuelta para toparme con Edu de frente.

—Me debes un baile —me recordó con una media sonrisa.

—Pero no será hoy.

—Anda, Leti, venga —pidió, poniendo un mohín.

—No —dije tajantemente—. Y ahora ve a cuidar a Iago que a mí no me hace ni caso.

Miró detrás de mí y se rio un buen rato al observar a nuestro amigo en actitud de “colegas” con aquel chico que ni conocía.

—Vale, tienes razón —accedió—. Pero luego vengo a cobrarlo.

Antía, que se había ido al baño (o algo así creía recordar, el caso era que había desaparecido por un rato) salió de la nada en ese momento. Benditas casualidades, porque no me gustaba pasar mucho tiempo sola a no ser que fuera en mi casa y con tranquilidad.

—¿Viste a Iago? —le dije con una sonrisa.

Giré la cabeza para contemplar la majestuosa escena que estaba teniendo lugar. No pude evitar reírme al ver que Edu se había unido a ellos, enganchándose por los hombros y cantando una de las últimas canciones del concierto.

—Ey, yo conozco a ese tío —dijo Antía de pronto.

—¿A quién?

—Al que está con Iago y Edu cantando.

—¿De qué?

—Me lo presentaron el año pasado... Sergio, creo que se llamaba.

—Tú es que conoces a todo el mundo —le dije cariñosamente.

Y era verdad. Había dos tipos de personas en el mundo: los que sabían quién era

cada individuo que les decías, y los que, como yo, olvidaban nombres y caras tan rápido que hasta daba miedo.

En ese momento la guitarra tocó los últimos acordes, la música cesó entre aplausos y vítores, y el grupo anunció el final del concierto. Hubo muchas quejas, la inmensa mayoría por parte de Iago, Edu, el otro chico y sus amigas, así que interpretaron un par de canciones más.

A ese punto del concierto me había dado cuenta de que mi cultura musical era nula y que, si bien estaba orgullosa de mis gustos, no estaría mal que le diese una oportunidad a las canciones que había interpretado ese grupo y que me habían dejado impresionada.

—Espero las canciones —le dije a Antía, teniendo que gritarle al oído.

—¡Te las paso! —respondió ella, más que contenta.

Y el concierto acabó. Y esta vez ni las quejas de mis amigos pudieron detenerlo. Los integrantes del grupo eran muy simpáticos, pero debían de estar cansadísimos después de más de dos horas de saltos, gritos y, en general, mucho movimiento.

Todo pasó muy rápido. De repente, Antía estaba hablando con el aquel desconocido y su grupo de amigas. Edu, Iago y los demás, también. Y yo, no sabía cómo, estaba totalmente desplazada.

“Mierda”, fue lo único que pude pensar.

Se me hizo un nudo en el estómago al no saber qué hacer. Estuve ahí, quieta sin atreverme a intervenir pero sintiendo que tenía que hacerlo unos minutos hasta que tuve la suerte de que Antía se percató de mi presencia. A partir de ahí no tardó nada en cogerme del brazo y presentarme a las chicas.

Estaban un poco borrachas pero eran muy simpáticas. Dijeron que vivían en otra ciudad y que solo estaban allí por la fiesta. Más bien por el concierto, porque ya habían visto a ese grupo un par de veces y les parecía fantástico.

Estuvimos hablando de la universidad, una de ellas estaba en segundo de Periodismo, la carrera que iba a empezar yo en unos meses, en la misma universidad en la que la iba a hacer, y estuvo contándome todo sobre los profesores, quiénes eran buenos, cuáles malos, sus manías... y sobre la vida universitaria.

No la pintaba nada mal.

Bueno, realmente nadie nunca la había pintado mal, todo el mundo siempre nos decía que había sido la mejor etapa de su vida. Y en cierto modo estaba nerviosa y tenía miedo de que yo resultase ser la única persona en el mundo que lo pasara mal. O que no hiciera amigos. O que fuera una completa marginada.

No me solía costar congeniar con la gente pero no era lo que se dice una chica muy normal. Y aunque normalmente estaba muy orgullosa de ello, tenía miedo de que supusiese algún problema en mi futuro como universitaria.

Delante de nosotras caminaba Antía con el tal Sergio. Una de las chicas con las que yo estaba hablando hizo algún comentario tipo “esos dos esta noche tienen tema”. No pude menos que sonreír.

Antía era una chica fantástica y además muy guapa. Si el chico “se la llevaba” estaría presumiendo al menos tres años de ello.

Iago se unió a nuestra conversación a los pocos minutos, y llegó un punto del paseo (que yo no tenía ni la más remota idea de a dónde estábamos yendo, por cierto) en el que nos paramos.

Las chicas desaparecieron, tenían que irse a no sé qué sitio. Solía no prestar

demasiada atención cuando no tenía ningún afecto por la persona con la que estaba hablando. Mi amigo me hizo una seña hacia Antía y Sergio, y luego chilló que nos íbamos a unos baños públicos que estaban por allí cerca.

—Vamos a dejar solos a esos dos, desaparecen fijo —me dijo con cachondeo mientras me guiñaba un ojo y tiraba de mí con su desmesurada fuerza.

No llegamos a entrar a los baños, nos quedamos escondidos en la entrada, donde aún no nos teníamos que dividir por el hecho de ser chico y chica. Me sentía como una espía internacional o algo así.

Esperamos unos diez minutos (el tiempo que habíamos estipulado suficiente) en los que Iago estuvo hablando, emocionadísimo y bastante borracho, de Apache, el grupo del concierto. Que si le gustaría conocerles, que si le habían gustado mucho, que si él también me iba a pasar canciones de Queen y de Pink Floyd... etcétera.

Yo le escuchaba encantada. Me hacía mucha gracia la gente cuando estaba borracha, pero especialmente Iago.

Así que salimos con la completa seguridad de que ni Antía ni Sergio iban a estar ahí. Cuál fue nuestra sorpresa al encontrárnoslos justo en el mismo sitio donde los habíamos dejado, visiblemente incómodos y sin hablar el uno con el otro. Daba la impresión de que no sabían qué decirse.

No parecían congeniar mucho.

En cuanto nos vieron, se nos acercaron casi corriendo, con lo cual ya dedujimos en el acto que no había química entre ellos. De hecho, Antía parecía bastante aliviada al hacer las presentaciones.

—Bueno, este es Sergio. Sergio, estos son Iago —se dieron la mano— y Leticia.

Se agachó para darme dos besos.

—Encantada —le dije.

Le evalué, no parecía estar borracho. O al menos no mucho.

—Sergio va a estudiar Turismo, en A Coruña —dijo Antía, como para dar conversación.

Era una universidad que quedaba bastante lejos de la mía, que era a la que iban la mayoría de mis amigos.

—¿Ah, sí? —dijo Iago—. ¿Quieres ser turista de mayor?

Y se empezó a reír él solo de una forma muy estruendosa. No pude evitar una risita, ya he dicho que Iago me parece especialmente gracioso cuando está borracho. Y más cuando lo evidencia de esa manera.

A los demás también se les escapó una sonrisa.

La conversación derivó de manera natural hacia el concierto.

—Me encantaba el guitarrista —confesé—. A ver si alguna vez llego a tocar así de bien.

—¿Tocas la guitarra? —se extrañó Sergio.

—Desde hace unos años.

—¡Yo también! —parecía realmente contento—. Ey, eres la primera chica guitarrista que conozco.

—Pues anda que no habrá unas cuantas —sonreí.

—¿Tienes una acústica?

—Una guitarra española, me gusta más cómo suena.



En ese momento, Iago carraspeó sonoramente. Le miré con una ceja levantada, preguntándome a qué venía aquella actitud tan rara.

—Bueno, yo me voy a buscar a Edu, que le acabo de hablar por *WhatsApp* y al parecer se quedó en el concierto para intentar conocer a los de Apache.

—Ah, te acompaño —dije con naturalidad.

Iago nos miró alternativamente a mí y a Sergio, cosa que me dejó un tanto tocada. Casi tanto como lo que dijo a continuación:

—No, es igual, voy yo solo.

—No pasa nada, te acompaño —insistí. Me volví hacia Sergio—. Encantada de conocerte...

Pero cuando me volví a dar la vuelta, solo vi la figura de Iago, ya bastante lejos, corriendo en dirección opuesta a la que habíamos venido.

—No me lo puedo creer —murmuré. Luego me giré hacia Antía y Sergio—. Le debo caer peor que de costumbre.

Me fastidió su gesto: nunca me había gustado quedarme de sujetavelas. Era algo que no soportaba, me daba la impresión de estar estorbando siempre y además no me gustaba pensar que ellos querían que me fuera.

Pero, como ya he dicho, tampoco me gustaba nada estar sola.

—¿Vamos a Velvet? —sugirió Antía—. Me han dicho que los demás están allí.

Velvet es la discoteca de nuestra ciudad. Normalmente la entrada es muy cara, pero hay ciertos días de fiesta en los que se puede pasar gratis. Y este era uno de ellos, por eso mismo había tanta gente por la calle.

Nunca me han gustado las discotecas, ni creo que lleguen a divertirme nunca. Es decir, tampoco paso mal rato en ellas, pero no me quitan el sueño y, si puedo, las evito en la medida de lo posible. Siempre he preferido estar a mi rollo, con mi música y (si me apetece, que ya es raro) bailar, contando con espacio personal.

Comenzamos a caminar hacia allí, Sergio y yo charlando sobre tocar la guitarra. Nunca había encontrado a nadie con quien hablar de ello. Aunque tampoco era que lo hubiera buscado, claro. De todas formas resultaba agradable la forma que tenía de hablar del instrumento, le iba la vida en ello. Para mí era un hobby y, a decir verdad, a pesar de que llevaba muchos años no la cogía mucho y no sabía hacer demasiadas cosas.

Había estado en el conservatorio un par de años y por eso mi fuerte era la música clásica, pero me había ido cuando me había dado cuenta de que ahí no iba a aprender a tocar mis canciones favoritas. Y desde entonces lo intentaba por mi cuenta, sin mucho éxito por no ponerle demasiado empeño. No obstante y a pesar de todo esto, sí era verdad que en cuanto me ponía a tocar, el mundo se me paraba y podía pasarme horas y horas así, simplemente tocando.

Llegamos a Velvet antes de que pudiéramos darnos cuenta. La entrada estaba llenísima de gente que salía bien a beber lo que habían comprado en otra parte, bien a fumar, o bien a enrollarse. O simplemente a tomar el aire, ya que en la discoteca era algo que solía escasear.

—Yo voy a entrar a buscar a Lorena y a las demás —dijo Antía—. ¿Venís?

—A mí no me apetece mucho entrar —confesó Sergio. Luego me miró directamente a los ojos—. ¿A ti?

—No me gustan las discotecas —dije como única respuesta.

—¿Te quedas hablando conmigo? —la pregunta me pilló un poco de sorpresa.

Me encogí de hombros, como si no me hubiera impresionado esa reacción.

—Vale.

Antía me sonrió con amabilidad antes de entrar ella sola en Velvet. Y por primera vez miré de verdad al chico que tenía delante, fijándome en él.

Sergio era alto, y grande. Tenía el pelo largo hasta las orejas y peinado hacia un lado, y los ojos notablemente claros (no distinguía el color debido a la falta de luz). Un pendiente en la oreja derecha y un colgante estilo surfero.

Cruzaba los brazos a la altura del pecho.

No estaba nada mal.

**EVA:**

“No puede ser” fue lo único que se pasó por mi mente.

No pude evitar la cara de shock que se me quedó. Los “espectadores” parecían tan impresionados como yo. Algunos se quedaron de golpe en silencio pero un par de chicos empezaron a hacer un ruido de vacile nada cómodo, sabiendo la situación en la que nos habíamos metido antes.

Intenté encontrar palabras para decir algo gracioso, algo que distrajese la atención o una forma de negarme en la que quedara bien y no como una cobarde.

Pero se me había fundido el cerebro del todo.

—¿Asustada? —dijo Max con voz socarrona.

Parecía estar pasándoselo demasiado bien a costa de mi vergüenza.

—Ni un poco —dije con una seguridad que no sentía.

—No te preocupes, no te dolerá —dijo con una voz grave y peligrosa que me hizo pensar en si realmente podías hacer daño con un beso.

Se levantó con parsimonia mientras era observado por todos. Le gustaba ser el centro de atención, se notaba. Caminó alrededor del círculo hasta colocarse a mi lado. Yo evité mirarle a toda costa. No sabía dónde meterme.

Ahora tendría que fingir una valentía y un arrojo que no tenía en realidad. Pero mi orgullo me impedía perder, me impedía darle la satisfacción de pensar que me estaba amedrentando.

—Levántate —ordenó.

—Agáchate tú —espeté, de mal humor.

—Así va a ser peor...

Su voz era de advertencia, como si estuviera empezando a cansarse.

—Eso lo decidiré yo.

Todo pasó demasiado rápido. De repente, lo tenía encima de mí. Me dio la vuelta y acabé recostada boca arriba prácticamente en el centro del círculo. Puso las manos a ambos lados de mi cuerpo y tuve que usar toda mi calma y todo mi temple para mirarle de manera desafiante.

Por dentro era un completo amasijo de nervios, aquel chico me asustaba bastante. Notaba la arena de la playa mezclándose con mi pelo.

Sus labios buscaron bruscamente los míos. Era bastante violento pero me negaba a ser la que se apartase. Sabía perfectamente que si era yo la que se acobardaba, perdía.

Así que le correspondí con intensidad, con intención de despistarle. Debía haberme imaginado que no iba a ser así, porque no se amedrentó lo más mínimo. Estuvimos así mucho tiempo, más del debido, mientras notaba sus labios contra los míos y sentía una opresión en el pecho.

Al final, nos apartamos los dos a un tiempo, jadeando. Nos miramos a los ojos unos instantes. No ganó nadie.

Sonrió de medio lado. Y eso me molestó sobremanera. Lo aparté de mí de un empujón. Alrededor de nosotros se había formado un silencio sepulcral. Todos nos miraban con expresión de sorpresa. Todos, sin excepción.

Yo no sabía dónde meterme. Me incorporé y sacudí la arena que había quedado escondida en mi cabeza. Me coloqué bien la ropa, que se había descolocado en todo el proceso.

Había esperado que la actividad se reanudase con normalidad después de unos segundos, pero no fue así. Todo el mundo seguía contemplándome. Y solo a mí porque, al parecer, Max se había ido. No se le veía por ninguna parte.

“Cobarde”, escupí mentalmente.

—Bueno, ¿seguimos? —dije al final, incapaz de soportar un segundo más de todo aquello.

—Venga, seguimos —accedió Sebas, conciliador.

Al poco tiempo todos se le unieron y las aguas volvieron a su cauce.

Eso sí, no pude evitar tocarme los labios, que me escocían, y preguntarme qué diablos acababa de pasar.

## **LETICIA:**

Llevaba cerca de una hora hablando con Sergio. En ese tiempo, se nos habían acercado un montón de personas que, sorprendentemente ya que ni era de la ciudad, le conocían.

—Cuando salgo por ahí de fiesta conozco a mucha gente —me había explicado.

Y me iba presentando a todo el mundo. Pero en cuanto me presentaba a una persona, la olvidaba por completo. Ya he dicho que soy malísima con las caras y los nombres.

Habíamos hablado de todo: de libros (era un gran fan de El señor de los anillos pero no solía leer mucho más) de aficiones, de deportes, de gente en general... de comportamientos cuando estaban borrachos...

Me había dicho que él había estado bebiendo pero que hacía falta mucho alcohol para emborracharle.

“Normal, con lo grande que es...”, pensé en su momento.

De todas formas, estuviera borracho o no, daba una sensación de lucidez alucinante. Seguía con rapidez la conversación, yendo de un tema para otro con fluidez e inteligencia. Su voz no temblaba lo más mínimo y sus ojos miraban con claridad.

—Si borracho ya eres así, sobrio ni te imagino —le solté a la primera de cambio.

—¿Por qué lo dices?

—Porque estamos manteniendo una conversación normal, no se te nota nada el alcohol.

—¿Tú no bebes?

—No —negué con la cabeza mientras sonreía.

—Una chica sana —dijo sonriendo con aprobación.

Me gustaba que respetaran mis decisiones. En ese momento llegaron Iago y Edu, y nos vieron. Y yo les vi a ellos quedarse a hablar a unos metros de nosotros, vigilándonos claramente.

Seguí hablando con Sergio con normalidad hasta que me di cuenta de que Edu se acercaba a mí a la velocidad de la luz.

Casi se precipitó hacia mi oído para susurrarme:

—¿Estás bien? ¿Te salvo?

Y salió corriendo otra vez hacia su posición inicial. Tardé varios segundos en procesar y darme cuenta de lo que me estaba preguntando. Edu se pensaba que Sergio era un pesado que no me dejaba en paz, o algo parecido. Que igual quería que me librara de él.

Levanté el pulgar en su dirección rápidamente para indicarle que estaba bien. No quería dejar de hablar con Sergio. Era una compañía más que agradable, y estaba pasando un buen rato charlando con él.

Pero a Edu no pareció quedarle demasiado claro. También había bebido un poco y aunque realmente no se le notaba mucho (la energía ya la traía de fábrica siempre) sí que se apreciaba sutilmente en gestos como aquel. Volvió a acercarse y repetir el proceso de susurrarme al oído dos veces más.

A esas alturas Sergio, que se había mantenido imperturbable, comenzaba a fruncir el ceño.

Resoplé.

—Es un paranoico. Me pregunta si estoy bien —le acabé contando.

—¿Y estás bien? —sonrió.

Le miré y me agarré con fuerza al asa del bolso antes de contestar:

—Perfectamente.

—Oye, ¿sabes si hay algún bar cerca de aquí en el que pongan buena música? Es que estoy algo harto de este sitio.

—¿No vienes aquí a menudo?

—No demasiado últimamente. Ahora suelo quedarme más en A Coruña para salir.

Me había dicho que no solo iba a estudiar a A Coruña sino que ya estaba instalado allí desde hacía más de un mes, cuando terminamos Selectividad.

Y ya tenía su grupo de gente y todo. Parecía una persona con facilidad de hacer amigos. Desde luego, a mí me estaba ganando a pasos agigantados.

—Hay un bar bastante chulo que se llama El Limbo. No suelen quejarse mucho de la música de allí —acabé diciendo, después de mucho pensar.

La verdad era que no me apetecía nada encerrarme en ningún bar. Lo que me apetecía era seguir hablando con él, pero no veía razón para negarle esa petición tan simple.

—¿Vamos? —preguntó, expectante.

Asentí. Luego observé cómo se alejaban Iago y Edu, dirigiéndose al interior de la discoteca. No quería preocuparles demasiado.

—Voy a enviarles un *WhatsApp* a los chicos para decirles a dónde vamos, no se vayan a poner histéricos —le dije a Sergio mientras nos poníamos en marcha.

—Yo debería avisar a mis amigos de que estoy bien —dijo a su vez Sergio, sacando su móvil.

Le observé de reojo entrar en el *WhatsApp*.

—Agrégame si quieres —le dije sin pensar.

Pareció gustarle mi atrevimiento. Le recité el número y a los pocos segundos ya tenía un “hola” suyo en la pantalla del móvil. Sonreí.

—Hola —le dije en la vida real.

Estuvimos hablando de fútbol en el camino al bar. Sobre las aficiones y la cantidad de amigos que se hacen siendo de un equipo en concreto. Yo no lo era, pero siempre había admirado a esa gente que era capaz de dar tanto y derrochar tanta pasión por un deporte.

Su opinión no difería mucho de la mía, pero añadía que a veces le parecía tremendamente exagerado el comportamiento de la gente. Cómo se enfadaban si perdía su equipo, por ejemplo.

No pude menos que darle la razón. Ser fan de algo está muy bien hasta cierto punto en el que dejas de respetar los gustos de los demás.

Llegamos al bar, el cual estaba a rebosar de gente. Entró y pidió una cerveza.

—¿Quieres algo? —me preguntó.

—No, gracias —dije automáticamente.

Me pregunté si su intención era invitarme. Insistió un poco y me negué en redondo todas las veces. No me gustaba que me invitaran, me sentía violenta y, además, realmente no tenía ganas de nada en particular.

Mientras Sergio estaba distraído esperando su cerveza, me dio tiempo a reflexionar un poco. Se suponía que me venía la regla ese mismo día y, a pesar de que llevaba puesta una compresa, si ya me había venido hacía horas (lo cual no sabía con certeza) y me sentaba... lo más probable sería que manchase el vestido azul.

Y qué vergüenza pasaría en ese caso. Empecé a ponerme roja solo de imaginármelo.

Decidido: había que evitar a toda costa el sentarse.

—¿Te apetece que te dé un tour por Ferrol? —le ofrecí a Sergio en cuanto tuve la oportunidad.

Se quedó paralizado un poco al principio, pero no tardó en sonreír y aceptar mi propuesta. Sentí un gran alivio al ver que mi plan había funcionado.

—¿Quieres probarla? —me ofreció nada más echamos a andar.

Se refería, claramente, a la cerveza.

—No, gracias —decliné la oferta.

—¿La has probado alguna vez?

—Nunca.

—Puede que te guste.

Lo consideré unos segundos. Sí que era verdad que no se podía juzgar algo sin probarlo. Y en ese momento pensé que me encantaría poder juzgar la cerveza, aunque fuera solo por poder criticarla después. Así que acabé asintiendo y cogiendo el botellín con ambas manos, para que no se cayera.

—Probablemente no te sepa muy bien al principio —me advirtió Sergio.

Me encogí de hombros y probé un trago, ante la mirada atenta del chico. El que me estuviera mirando me incomodaba bastante. La cerveza estaba asquerosa. Hice una mueca

de asco bastante fea y él no pudo menos que reírse de mí.

—Te lo dije.

—Qué asco —fue lo único que conseguí pronunciar, con el regustillo aún en la garganta. Repetí—: Qué asco.

Otra risa por su parte mientras le devolvía el botellín.

—Al cabo de un tiempo te acabas acostumbrando y llega a gustarte.

—Me cuesta creer que al cabo de un tiempo acabe sabiendo bien. No, miento, me cuesta creer que alguien llegue a ser capaz de beber mucha cantidad de esa porquería — dije entre risas.

Bebió un trago.

—A mí ahora me gusta. Además es la bebida más barata.

Sacudí la cabeza, sonriente, antes de llevarle por la parte del puerto de Ferrol, una de sus zonas más bonitas. Había decidido que, ya que me había ofrecido a enseñarle mi ciudad, lo iba a hacer bien. Y Ferrol podía no ser la ciudad más bonita del mundo, pero ciertas zonas sí que eran dignas de ver.

La conversación pasó al tema de la filosofía, luego al comportamiento de la sociedad (tema que me encantó que sacase). Al principio dudé, pero al final acabé contándole que yo hacía estudios sobre la gente.

—¿Qué tipo de estudios? —preguntó.

—Estudios —me encogí de hombros—. Lo que se me ocurre. Ahora, por ejemplo, estoy haciendo uno sobre los hombres y los bolsos.

Enarcó una ceja. Por un momento me arrepentí de haberle dicho nada.

—Vas a tener que explicarme eso.

Pero no podía negar que me gustaba mantenerle interesado.

—Veamos, si ahora yo te pido que me sujetes el bolso un momento porque me voy a poner la chaqueta, tengo comprobado que hay tres posibilidades: una, que sujetes el bolso lo más lejos posible de ti y lo más cerca posible de mí —empecé a gesticular muchísimo— para que se note que no es tuyo. Dos, que lo hagas un higo en tus manos y lo trates como una pelota de fútbol. Y tres, que te lo pongas con naturalidad.

—¿Y qué dice eso de la gente que lo hace?

—Aún no lo sé, es lo que me queda por averiguar.

Se rio entre dientes, supuse que conmigo (o eso quería creer). En ese preciso momento le sonó el móvil. Una canción que habían tocado en el concierto, lo cual me hizo sonreír.

—Perdona —se excusó mientras lo cogía.

Frenamos nuestro paseo y yo me quedé mirando cómo hablaba, ya que no tenía otra cosa que hacer. Se tapaba el oído libre con una mano, como si hubiera algún tipo de ruido que pudiera molestarle, lo cual no era muy realista teniendo en cuenta que estábamos en medio de nada.

—Hola —contestó—. Sí... sí, pero me he ido a dar un paseo —me miró de reojo—. No sé, supongo que iré dentro de un rato. Yo qué sé, dentro de un rato. Vale, nos vemos, hasta luego.

Colgó y se quedó mirando al frente con expresión fastidiada.

—Lo siento, es una tía... —me miró como evaluando si decírmelo o no— que me va detrás desde hace un tiempo. Es una pesada.

—¿Una pesada por qué?

—Es que a mí no me gusta que me presionen, ¿sabes? A mí me gusta que todo salga con naturalidad... y que me vayan detrás hace que pierda el interés.

—¿Te gustan las difíciles? —sonreí.

—Sí, podría decirse así —sonrió—. La tía quiere que vuelva a la discoteca, que hace tiempo que no me ve y no sé qué mierdas más.

—Puedes ir —le dije, muy convencida de mis palabras—. Yo no me voy a ofender ni nada. Probablemente mis amigos también estén allí, así que sola no me voy a quedar...

—No, no —se apresuró a decir—. Si yo prefiero estar contigo...

Sonreí, mirando al suelo mientras seguíamos paseando.

—Es que —prosiguió, y parecía darle un poco de vergüenza decir aquello— me encantas, no sé, es que nunca había conocido a nadie como tú.

Me puse violentamente colorada, con lo cual agradecí que fuera de noche y se distinguiera poco el color de la piel. No me esperaba aquello para nada, era la primera persona que me decía algo así. Y no entendía por qué, pero me daba igual.

—Gracias —dije al final, y me temblaba un poco la voz.

La conversación se desvió y acabó en música otra vez. Era un tema que le apasionaba. Él caminaba despacio para que pudiera seguirle el ritmo, y con las manos en los bolsillos. Miraba hacia delante cuando hablaba, con la mirada perdida.

—Lo que no me gusta es la gente que miente sobre sus gustos musicales, ¿sabes? Que en realidad solo es para hacerse los interesantes o hacer como si supieran de música —me decía él.

—Yo voy a ser sincera: a mí me suele gustar el pop comercial, normalmente. Eso sí, este verano me he propuesto escuchar los grupos que les gustan a mis amigos, en plan el concierto que escuchamos hoy.

Y era completamente cierto.

—A mí también me gusta el pop comercial, no te creas —me sorprendió él.

No sabía por qué pero aquello no me pegaba nada con él. Como era tan aficionado a Queen, Pink Floyd... puede que debiera dejar de generalizar tanto y también de encasillar de esa manera a la gente.

En ese momento pasaron un par de chicas en dirección contraria a la nuestra. Las reconocí de inmediato: iban conmigo a clase, no nos llevábamos mucho pero me caían bastante bien.

—¿Ya os vais a casa? —pregunté elevando la voz.

Tardaron solo un momento en verme y se pararon a pocos metros, sonriendo.

—Estamos muertas —se justificaron—. Y nos duelen los pies un montón.

Una de ellas llevaba los tacones en la mano, a la otra parecía que le importaban más sus medias.

—Bueno, entonces... ¡buenas noches!

Sonrieron al mismo tiempo.

—¡Buenas noches!

Me quedé mirando cómo se alejaban, algo distraída.

—Esto es por la manía que tienen de llevar tacones...

No me di cuenta de que había murmurado eso hasta que él me respondió:

—Eres de las pocas chicas que hay que piensan eso —se quedó mirando mis princesitas negras—. Y que no llevan tacones.

—Ya soy lo suficientemente alta. Y además no aguanto nada si los llevo.

Pareció gustarle mi respuesta. Paramos para ir a unos baños que había cerca. Casi le doy gracias al cielo por esa oportunidad de mirar si me había venido la regla o no. Por suerte no había ni rastro de ella, eso me daba un margen de unas cuantas horas y me tranquilizaba sobremanera.

Odiaba tener que estar tan pendiente de si me venía la regla o no. Era desesperante y te mantenía preocupada varios días. Por otra parte las hormonas no solían ayudar. Yo me ponía hipersensible, dramática, llorica, cuando me venía la regla.

En general: un rollo tremendo.

Pero al ver que no me había venido respiré por fin tranquila y salí del baño. Ahí me esperaba Sergio, sonriente.

—¿Ya?

—Qué asco de baños —comenté con una sonrisa—. Huelen fatal.

—Y que lo digas —se rio un poco.

Seguimos caminando y hablando de todo un poco: de filosofía, de política, de aspiraciones de futuro... hasta que llegamos a un parque y él me confesó que ya no podía andar más. Me alegré, porque aunque me gustaba pasear yo también había llegado a mi límite por ese día.

Serían las seis y algo de la mañana. Ya llevábamos casi cuatro horas hablando. Me sorprendí mucho al darme cuenta, se me habían pasado volando.

Decidimos sentarnos en un banco. Estuvimos hablando un rato más, sobre su familia y los problemas que tenía. Me contó que su tío se había portado fatal con su padre y que su abuela no lo podía ni ver. Y que a pesar de ello él seguía viéndose con su tío a escondidas, porque siempre habían estado muy unidos, y se sentía muy culpable.

—No tengo ni idea de por qué te estoy contando esto —confesó al cabo de un rato.

—No sé, tenemos una especie de confianza algo extraña, ¿no?

—Sí, supongo que es algo así.

De pronto me pasó el brazo por encima de los hombros.

—¿Te molesta? —dijo, como quien no quiere la cosa.

—N-no —tartamudeé.

Y era verdad, no me molestaba. El chico me atraía mucho y no solo como persona, sino físicamente. Llevaba ya más de media hora pensando en si, de darse la oportunidad, me gustaría que mi primer beso fuera con él.

Sentía su calidez, y era muy de agradecer teniendo en cuenta el frío que hacía allí. Pegó su cabeza a la mía mientras seguíamos hablando, y yo mantuve mi mirada firme hacia delante, intentando evitar (por el momento) que tuviera cualquier clase de acceso a mi boca.

Cuando puso la mano que le quedaba libre sobre las mías (que descansaban en mi regazo) comencé a tener un serio problema con los nervios.

—¿Y tienes novio o algo así...? —preguntó de forma despreocupada.

—No. —Quedé en silencio unos segundos, luego supe que tenía que decirlo—: En realidad, nunca he estado con ningún chico.

Separó un poco la cabeza para mirarme fijamente.



—¿Con ninguno?

Negué con la cabeza con suavidad.

—Ninguno.

—¿No has besado a ningún chico?

—No.

—¿En serio?

Le miré a los ojos, con las cejas enarcadas.

—Si no fuera verdad no lo diría, no da muy buena impresión.

Nos reímos un poco juntos.

—¿Y por qué?

—Yo qué sé. No se ha dado la ocasión.

Esta vez fue él el que se quedó en silencio.

—Pues qué raro, eres muy guapa.

Se me oprimió el pecho. Era la primera vez que estaba en una situación como esa, y que un chico que no era parte de mi grupo de amigos o de mi familia me decía que era guapa.

Me ardían las mejillas. Lo tenía decidido: quería liarme con él. Aunque el término “liarse” siempre me hubiera asqueado bastante. Prefería decir “besar”, por muy cursi que sonara.

—Me encanta el vestido —me siguió diciendo con una gran sonrisa.

—Y a mí tu colgante —señalé el símbolo de la paz que llevaba al cuello—. En cuanto lo vi ya me caíste bien.

—¿En serio? —lo cogió con la mano y lo miró—. ¿Te caí bien por esto?

—Realmente no. Me lo acabo de inventar.

Conseguí mi objetivo: que se riera un poco.

Tirité un poco: allí hacía muchísimo frío. Y a pesar de que el brazo de Sergio sobre mis hombros ayudaba bastante a mi temperatura corporal, supuse que el chico debía estar helándose.

—Vamos a un sitio donde haga menos frío, ¿te parece?

Se lo pensó unos instantes antes de asentir. Cuando nos levantamos, me llevé una sorpresa al comprobar que su brazo seguía firmemente sobre mis hombros. Pasé el mío alrededor de su cintura y comenzamos a caminar, muy pegados.

No era excesivamente cómodo pero sí que se estaba bien.

—Pero agárrame fuerte, no te cortes —sonrió él—. Tienes la mano como muerta...

Y era verdad.

—Es que eres demasiado grande —le sonreí de vuelta.

Y eso también era verdad. Mi brazo apenas llegaba al otro lado de su cuerpo y además, no tenía suficiente confianza con él (¿cómo la iba a tener? Si le conocía de menos de seis horas) como para hacer eso. Estaba retando a mis límites con toda aquella situación.

—¿A dónde vamos? —me preguntó.

Seguíamos caminando y yo intentaba acompasar mis pasos a los suyos para no tropezar, en lo que tenía que ocupar al menos la mitad de mi mente. Temí que me hiciera alguna pregunta complicada y estar demasiado ocupada intentando no caerme como para

contestar correctamente.

—A algún sitio donde haga menos frío, ¿se te ocurre alguno?

Había mencionado que iba por mi ciudad bastante a menudo, así que era obvio que debía conocerla bastante bien. Incluso puede que mejor que yo, dado que mi orientación era un tremendo desastre.

—¿El Cantón? Aunque ahí está todo el mundo... —murmuró, pensativo.

—Casi mejor que ahí no —me imaginé a mis amigos viéndome llegar de esa manera con él... y probablemente estropearan el momento.

—Podemos ir al lavadero...

El lavadero era un parque que estaba bastante lejos.

—Puf... es que caminar ahora hasta ahí... —comenté, fastidiada.

—Tienes razón... ¿se te ocurre algo?

Nos quedamos parados en medio de la calle. Menos mal que la ciudad era pequeña y por la noche apenas pasaban coches.

Negué con la cabeza y fruncí el ceño.

—Bueno, tengo las llaves del garaje de un amigo... —murmuró él dejándolo caer.

—¿Y qué haces tú con las llaves del garaje de tu amigo? —le miré, extrañada, poniendo los brazos en jarras.

—Quedamos bastante a menudo para tocar juntos y me deja guardar ahí el amplificador de la guitarra —se encogió de hombros.

Miré hacia ninguna parte durante unos cuantos segundos sabiendo que el chico estaba esperando mi deliberación. Sorprendentemente, no me puse nerviosa al considerar una respuesta, eso al menos lo tenía bastante claro.

—Vamos —acabé diciendo, con una sonrisa.

Se le iluminó la cara y volvió a pasarme el brazo por los hombros para seguir caminando. Resultó que aquel garaje estaba muy cerca de donde nos encontrábamos, y me pregunté por un segundo si no me había llevado en esa dirección a propósito, como si lo tuviera planeado desde un principio.

Entramos, y era la cosa más simple del mundo: una habitación cuadrada llena de trastos. Un amplificador, un par de bicicletas, madera (a saber por qué) y... un sofá con muchas cosas encima, entre ellas un coche teledirigido.

Apartó todo lo del sofá con bastante rapidez mientras yo le observaba petrificada desde la puerta. Estaba empezando a ser consciente de lo que iba a pasar. Cuando acabó, hizo un gesto para que me sentara a su lado.

—¿No enciendes la luz? —pregunté.

—No hace falta —noté cómo sonreía.

Había sido una pregunta muy tonta, sin duda. Los dos sabíamos por qué estábamos ahí, y yo había aceptado ya “someterme” a esa situación al aceptar ir. Volvió a colocarse en la misma posición en la que habíamos estado en el banco: el brazo encima de mis hombros, la otra mano sobre las mías, las cabezas muy juntas.

Yo seguía con la mirada fija al frente. Estaba empezando a ponerme realmente histérica. ¿Cómo sería? ¿Sabría exactamente lo que tenía que hacer, como decían todas mis amigas? ¿Se me pararía el mundo? ¿Notaría algo en la boca del estómago?

Hice mal en pensar porque lo que vino después fueron las cosas que podían salir mal: ¿Y si le estornudo encima? ¿Y si me babo? ¿Y si beso fatal? ¿Y si no sé lo que

hacer?

“No me puedo creer que esté a punto de recibir mi primer beso, y con casi un desconocido...”. Había una voz que no paraba de repetir esto en mi mente, una y otra vez, como una letanía que no me dejaba en paz.

Y lo peor era que no sabía si eso era bueno o malo. O muy bueno o increíblemente malo. O genial o terriblemente horrible.

Intenté sacar tema de conversación de cualquier parte, solo para desviar la atención de lo que estaba a punto de ocurrir.

—¿Esa bicicleta es de tu amigo? —señalé una, negra y de montaña, que teníamos justo enfrente.

—Sí.

—Es muy bonita.

—Leticia, estamos a oscuras, no se ve nada...

—También es verdad —me reí un poco.

Llegó un punto en el que ya no fui capaz de sacar más conversación, simplemente no la había, y al estar unos instantes en silencio nos reímos ambos de la situación. Comenzó a jugar con una de mis manos, entrelazándola con la suya. Me pareció un gesto muy bonito.

—Leticia... —llamó.

—Dime —dije apenas sin respiración

—Hace tiempo que estoy deseando hacer una cosa...

La cara me iba a estallar de lo colorada que estaba. Decidí (más bien salió solo) hacerme la tonta.

—¿El qué?

—¿Tú qué crees?

Tragué saliva.

—No sé... —murmuré, poco convencida.

Por supuesto que lo sabía. Pero no era capaz de decir otra cosa.

—¿Me dejas que te lo demuestre?

Se me cortó la respiración. “Ahora o nunca”, pensé. “Ya tienes dieciocho años, ya va siendo hora de que beses a un chico”.

—Vale —dije con un hilo de voz.

Lo siguiente que recuerdo es su lengua. Solo su lengua. Me aparté inmediatamente, asqueada.

“Vale, ya está: soy asexual”, fue lo primero que se me pasó por la mente.

No me había gustado nada aquello. Es más, no había sentido nada de nada, más que algo de asco. Observé al chico un instante: no cabía duda, me atraía mucho físicamente. Entonces, ¿qué me pasaba?

¿Cómo era que no se me iba la mente y sabía exactamente lo que hacer? ¿Qué pasaba que en ese momento no podía estar más desorientada y confusa?

“Tienes dos opciones”, pensé para mí, “o salir huyendo ahora mismo y desaprovechar esta oportunidad, o...”

Y decidí hacer caso a mi segunda teoría.

—No tengo ni idea de lo que tengo que hacer —confesé, sin tapujos.

—¿Ni idea?

—Nunca me he liado con nadie, ya te lo dije —reforcé mi argumento. Después bajé la cabeza de golpe—. Qué vergüenza...

Me abracé a él aunque fuera solo por no tener que mirarle a la cara en ese momento.

—No pasa nada, yo te enseño. Mira...

Y dedicó la siguiente media hora a practicar conmigo hasta que, no sé cómo (ni lo recuerdo ni me dedico a intentar precisarlo) empezó a gustarme todo aquello.

Comprendí que se trataba de intentar estar lo más cerca posible de la otra persona, de tratar de fundirse con su cuerpo. Y, cuanto más rato estabas “en ello”, más conocías al chico y por tanto mejor te amoldabas a su forma de besar.

No obstante, me decepcionó bastante la falta de “magia”. Sí, tenía asumido que no iba a ser como en las películas, que no iba a sonar una música preciosa y la cámara no iba a dar vueltas a nuestro alrededor mientras nos fundíamos en un beso de amor, pero al menos esperaba que el hecho de besar ocupase la mayor parte de mi mente.

Nada que ver con la cantidad de tiempo que tenía para pensar en mis cosas. Sí, era cierto que me estaba excitando y sí, el hecho de estar besando un chico no se iba de mi mente, pero una gran parte de mi cabeza estaba libre.

Tanto era así que, cuando el chico empezó a tocarme, se me ocurrió hacer una especie de experimento. Mis manos (totalmente al contrario que las suyas) se encontraban sin hacer nada, a su espalda. Así que tomé una decisión.

Cuando sus manos cambiaron de “zona de exploración”, me agarré con fuerza a su nuca, como si aquello me estuviera gustando mucho (que me estaba gustando, pero no tanto como hice notar). Se ve que a Sergio le hizo ilusión y lo tomó como un gesto de pasión, porque se volvió mucho más pasional de golpe.

Estuve a muy poco de reírme, pero me contuve porque no quería ofenderle. Lo hice varias veces más a lo largo de esa noche, y me di cuenta de que era como una especie de interruptor, lo cual me divertía sobremanera.

Fui consciente, por su forma de tocarme (y después esto último me daría muchísima vergüenza) que yo no era precisamente la primera chica con la que estaba, y que había llegado a más, probablemente.

—Oye —me separé de él—. Tú no eres virgen, ¿verdad?

Abrió mucho los ojos. Tardó un poco en contestar, debido al asombro.

—No, ¿por qué? ¿Quieres...?

**EVA:**

Más tarde esa noche, mientras charlábamos despreocupadamente después de haber finalizado (por fin) el juego de la botella, Sonia se acercó a mí.

—¿Vienes a dar un paseo conmigo? —preguntó, y se veía a las claras que aquello de pasear era lo de menos.

—Claro.

Me levanté apoyando las manos en la arena (que estaba muy fría) y luego las metí rápidamente en los bolsillos para entrar en calor. Encogí el cuello para intentar estar lo más resguardada posible del frío y comencé a andar a su lado.

—¿Querías algo? —pregunté sin rodeos.

—¿Qué ha pasado con Max?

Ella tampoco se andaba mucho por las ramas.

—¿A qué te refieres? ¿Al beso ese extraño que nos dimos obligados?

—A eso precisamente. Fue larguísimo y súper raro...

Resoplé sin poder evitarlo.

—Claro, ¿no se notaba que era una especie de competición a ver quién se apartaba antes? Nos caímos mal desde el primer momento, lo visteis todos en la cancha esta tarde.

—Ya, pero no sé... había como... —frunció el ceño, no parecía salirle la palabra— pasión.

—¿Pasión? —me sorprendí—. Furia, probablemente... Cabreo, tal vez, pero ¿pasión? No, de eso seguro que no había.

Lo había dicho tan convencida que hasta me lo había creído yo misma.

Reflexionó unos instantes.

—¿Entonces no te gusta Max?

—¿Cómo me va a gustar ese? —me escandalicé—. ¿Qué pasa, a ti te gusta?

Se apresuró a negar rápidamente con la cabeza.

—Qué va. Si es un borde y un gilipollas.

—Y que lo digas —sonreí.

—Es raro que la haya tomado contigo tan pronto... —comentó en voz baja.

—A veces me pasa —dije, aunque era mentira y me lo estaba inventando sobre la marcha—. O caigo bien o caigo mal, ya desde el principio.

—A mí me caes bien —sonrió ella, con amabilidad.

—Y tú a mí —le correspondí con otra sonrisa—. Tengo una pregunta...

—Dime.

—¿Max se lleva bien con la gente en general?

Chasqueó la lengua.

—Es algo curioso. Es súper borde todo el rato y se suele portar mal con la gente, pero los chicos le adoran y le admiran. Con nosotras nunca está, solo en los partidos o cuando van ellos solos a tomar algo por ahí. No te puedo decir más.

Asentí.

—Investigaré, a ver si me entero de algo —continuó.

—No te preocupes, ya pregunto yo a la gente. Así tengo algo de qué hablar con ellos —bromeé.

—¿Te interesa por algo en particular?

—Que no... —resoplé, pero con una sonrisa—. Es solo que soy muy curiosa y las cosas que no entiendo me desesperan.

—Me pasa igual.

Estuvimos charlando un buen rato hasta que volvimos con el grupo. Se estaban yendo así que tocó irse a casa.

En cuanto llegué me desplomé en la cama. Estaba exhausta. Menos mal que era verano y podría dormir hasta la hora que me viniese en gana.

**LETICIA:**

—No, no, no quiero —me apresuré a aclarar—. Solo era curiosidad.

—Ah, bueno, ya me parecía raro... —se rio un poco, visiblemente más tranquilo.

En ese momento sonó mi teléfono. Miré la pantalla: “Edu”.

—Mi mejor amigo —dije a modo de explicación mientras cogía el teléfono—. ¿Hola?

—¿Leti? ¿Estás bien? ¡No contestas al *WhatsApp* desde hace una hora!

Parecía extremadamente preocupado. Llevaba mandándome mensajes al *WhatsApp* cada diez minutos desde que me había ido con Sergio, incluso me había llamado un par de veces al ver que yo solo había contestado que estaba “bien”. “Ese “bien” lo podía haber puesto cualquiera” me había dicho como única excusa.

Era demasiado sobreprotector conmigo.

—Claro que estoy bien, solo estoy... —miré de reojo a Sergio— ... ocupada.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—Vale, vale, lo pilló —acabó diciendo con voz resignada—. Pero dentro de una hora nos vamos, quedamos en el Cantón, al lado del parque, ¿vale?

—Sí, sí —dije bastante rápido—. Pásalo bien.

Y le colgué sin darle tiempo a decirme nada más. Acto seguido, Sergio y yo nos estábamos besando de nuevo.

—Vente a las fiestas de A Coruña, empiezan mañana —dijo cuando paramos a respirar.

—¿Hasta cuándo son?

—Toda la semana.

—Puf... —resoplé—. No creo que pueda. Tendría que ir sola... aunque creo que Antía va, si se apunta más gente...

—Por favor —me cogió de las manos y me miró a los ojos—. Ven. Quiero volver a verte. Algún día puedo venir yo aquí otra vez, cuando venga a ensayar, y te veo.

—Eso estaría bien —sonreí—. Pero no sé, de verdad, no creo que pueda ir.

Me empezó a dar besos cortos por el cuello. Suspiré, a gusto.

—Eso es una buena forma de convencerme... —bromeé—. Haré lo que pueda.

—Bien —sonrió ampliamente.

—¿Vas a pasar de mí, a que sí? —bromeé.

—¿Yo? —se sorprendió—. Si estoy convencido de que eres tú la que va a pasar de mí...

—Yo no voy a hacer eso —aseguré.

—Ni yo —sonrió de nuevo.

Me besó, pasionalmente. Me quedé sin aliento y tuve que parar a descansar. Luego fui yo la que inició el beso, y así hasta que se nos hizo de día, y con ello la hora de marchar.

—Yo tengo que coger el bus en una hora, te acompaño hasta donde estén tus amigos y luego me voy —resolvió él.

—Como quieras.

Salimos y caminamos, abrazados en todo momento.

—¿Quieres volver a verme? —me preguntó.

—Sí —dije con sinceridad—. ¿Y tú? ¿Quieres volver a verme?

—Puede...

—¿Puede?

Rió entre dientes.

—Bueno, sí. Es que así quedo más como misterioso.

—Ya hablamos por *WhatsApp* entonces.

—Te advierto que yo por *WhatsApp* no hablo casi nada —me dijo con naturalidad—. Suelen enfadarse conmigo por lo soso que soy ahí.

—No te preocupes.

Cruzamos la esquina que daba al Cantón, y estábamos ya a pocos metros de donde se encontraban mis amigos. Incluso se los veía, sentados todos en un banco y charlando.

—Vaya vacile me va a caer... —murmuré casi sin darme cuenta.

—¿Quieres que te suelte? —se apresuró a preguntar, preocupado.

—No, no —aseguré—. Si total, ya se lo imaginan...

En cuanto entramos en su campo de visión, todas las miradas se giraron hacia nosotros y se tornaron pícaras, como diciéndome “sabemos lo que has hecho, pillina”. Me puse roja como un tomate mientras les presentaba a Sergio.

Estuvo hablando con ellos un rato, en el que yo apenas participaba en la conversación. Antía me miraba fijamente y me hacía gestos bastante explícitos que luego tendría que discutir con ella.

Todo este tiempo, el brazo de Sergio estaba rodeándome. Pesaba bastante y empezaba a dolerme el hombro, pero estaba demasiado a gusto como para protestar. Sobre todo me gustaba que la gente me viera con él, de una manera un poco extraña.

—Sí, yo creo que voy a las fiestas de A Coruña dentro de dos días —comentaba Antía en ese momento, interviniendo en la conversación.

—La gente va y se lo pasa muy bien... —dijo en plan broma Sergio, mirándome a mí de reojo de manera significativa.

—Ya, ya —me reí.

Llegó el momento en el que tuvo que irse porque había quedado con sus amigos. No nos dimos un beso de despedida, solo se separó de mí no sin antes sonreírme.

En cuanto desapareció, me senté en el suelo enfrente de mis amigos y noté todas sus miradas sobre mí. Fue Antía la dio el paso y empezó a hablar:

—Ahora cuéntanoslo todo.

**EVA:**

Al día siguiente, cuando me desperté, todos los recuerdos del juego de la botella vinieron a mi mente de golpe. Agarré las sábanas con más fuerza y me metí debajo en un solo movimiento.

Los recuerdos a partir del beso con Max eran difusos. Lo único que estaba verdaderamente claro en mi cabeza era aquel “incidente” que no olvidaría jamás. Ni yo, ni él, ni ninguno de los muchos espectadores que habíamos tenido. Me daba mucho mal rollo ser el foco de todos los cotilleos de ese grupo de gente. Me habían invitado a ir con

ellos a las canchas (donde al parecer se reunían casi a diario) esa misma tarde, así que pensaba aprovechar la mañana para aclarar mis ideas. Ya que mi cuerpo no parecía muy dispuesto a seguir durmiendo.

Me puse ropa deportiva, me hice una coleta alta, cogí las llaves y el móvil y salí a la calle.

*¿Qué tal tu noche? Espero que mejor que la mía... ya te contaré. Un besito ☺*

Mandé el *WhatsApp* a Leticia y guardé el móvil en el bolsillo mientras respiraba hondo. Me encantaba el aire de aquel sitio. Me llenaba de una manera que no conseguía el de mi ciudad, como si todos mis problemas desapareciesen con el simple gesto de llenar los pulmones. Y ojalá fuera así.

No sabía qué pensaba de lo que había pasado con Max la noche anterior, y necesitaba ser consciente de ello antes de volver a verlos a todos.

El beso, había sido... brusco. Esa era la definición.

Ardiente... Eso también, pero muy forzado. Y tenía que reconocer que, después de que todo pasara y dejando de lado la presión y la tensión... el chico no besaba mal. Quizá era esa violencia, ese robo o esa competición lo que me había "gustado". Al parecer tenía gustos raros que ni siquiera yo misma sabía.

¿Me atraía físicamente? Lo pensé un segundo.

"Sí" vino a la mente con facilidad. Era grande, pelo corto negro y rizado, piel oscura, ojos también negros de mirada penetrante... el típico "chico malo" que gusta a todas. Y tenía que reconocer que a mí también me atraía bastante.

Pero de personalidad... un horror. Por ese lado me repelía sobremanera.

No podía gustarte alguien si no te gustaba su personalidad. Eso estaba del todo claro. Así que, ¿qué sentía? ¿Qué pensaba? Que mis hormonas me habían traicionado un poquito. En el momento había usado un poco de excusa el hecho del "desafío" y de "no dejar que me gane". Y sí, lo reconocía.

Y me sentía un poco mal por ello, pero por otra parte muy independiente, muy libre de tomar mis propias decisiones. Me pregunté qué tal le habría ido la noche a Leticia. Conociéndola, a esas horas seguiría durmiendo, se habría ido a casa pronto y sus palabras textuales serían "vaya mierda de noche". Sonreí al pensarlo. Me gustaba conocerla así de bien.

*No te lo vas a creer.*

El *WhatsApp* de mi mejor amiga llegó en el instante justo, como si me hubiese leído la mente. Miré el reloj: las diez de la mañana. Imposible.

Recordé a Leti diciéndome que si no dormía hasta al menos las doce, no era persona. La de veces que la había llamado antes y se había enfadado conmigo.

*¿QUÉ no me voy a creer?*

¿Qué había pasado en mi ausencia? Noche que yo estaba fuera, noche que pasaba algo interesante. Disfrutaba saliendo con ellos pero había llegado a pensar en quedarme en casa de lo monótono que se había vuelto todo. Y era algo de lo que había hablado con Leticia muy a menudo, demasiado. ¿Y ahora...?

*Pregúntaselo a otra persona que a mí me da vergüenza.*

La respuesta me dejó con la boca abierta. No podía ser lo que estaba imaginando...

*No, tía, no me hagas eso. Dímelo directamente.*

Odiaba su manía de no contar las cosas importantes, o de intentar que me enterara



por otras vías de algo que ella podía decirme perfectamente. Por el motivo que fuera.

*Porfa, Eva, que en serio que me da mucha vergüenza. Pregúntale a Antía, que está conectada.*

Me parecía una tremenda estupidez, pero sabía que no conseguiría nada insistiendo y tenía muchas ganas de enterarme de lo que fuera que “no me iba a creer”. Así que le pregunté directamente a Antía que qué había pasado con Leticia la noche anterior.

Estaba sentada en un banco de los del paseo que llevaba a la playa. Aún no la había visto de día y había sido mi intención al salir de casa, antes de ser interrumpida por aquello. Me estaba ajustando la coleta cuando noté la vibración del móvil en la pierna. Lo saqué de nuevo; era Antía.

*Leti se ha liado con un tío.*

Mi boca se abrió de nuevo y de golpe, y no pude evitar una exclamación de asombro. ¿Que Leti había hecho qué? ¿Leti? ¿La misma Leti que yo conocía, u otra completamente diferente y poseída por alguna especie de demonio extraño e impulsivo?

Volví a la conversación de mi mejor amiga.

*¿Quién, cómo, dónde, por qué?*

La risa virtual que me llegó como respuesta me avisaba que ya estaba dispuesta a contármelo todo. Y esperé pacientemente mientras escribía toda la historia, con todo lujo de detalles. Cuando acabó, me alegré sinceramente por ella. Aunque por otra parte pensaba que no era propio de Leticia liarse con un tío que conoce de una noche, por mucho que hubiese hablado con él previamente. Y menos, el primer beso. Ese beso que ella tenía tan idealizado por mucho que yo le había dicho que no era para tanto.

Tantas horas hablando con ella de sus principios, de que no quería que su primer beso fuese con cualquiera, que quería que fuera especial... tantas horas escuchando sus fantasías, apoyándola en su decisión (que respetaba profundamente), asintiendo a casi todo lo que me decía... y ahora, ¿qué había pasado?

De todas formas, me alegraba. Era mi mejor amiga y estaba pletórica, ¿cómo no alegrarse? Y el tal Sergio parecía un buen tío, que quería volver a verla y todo.

Ojalá todo saliera bien para ellos. Ojalá todo lo que ella seguramente estaba esperando ahora mismo de él se cumpliera. Ojalá no le hicieran daño a una chica que ya de por sí era bastante sensible y a la que, según me había dicho, estaba a punto de venirle la regla (lo cual empeoraría cualquier dolor emocional).

Dediqué la siguiente media hora (hasta que ella anunció que se volvía a la cama) a animarla y decirle mil veces que me alegraba por ella.

Cuando acabó y me despedí, guardé el móvil (al que apenas le quedaba batería ya) en el bolsillo y me levanté del banco de un salto.

—Vaya agilidad —sonó sarcásticamente.

Miré a la izquierda automáticamente, pero no era de allí donde provenía el sonido. Me solía pasar. Miré a la derecha temiéndome la mirada de burla que me encontré.

—Y vaya reflejos —añadió Max, con los brazos cruzados.

Llevaba una camiseta de manga sisa blanca que hacía que todos los músculos de sus brazos fueran perfectamente visibles. Procuré que no se notara que me estaba fijando en eso.

—¿No puedes molestar a otra? Estoy ocupada —dije, bastante molesta.

Me di la vuelta automáticamente y seguí mi dirección original hasta la playa. Oí el sonido de la madera retumbando hasta que me alcanzó.

—¿Qué pasa, rubia? ¿Te doy miedo?

—Tú no eres capaz de darle miedo a nadie —rebatí, muy segura y mirando al frente.

—Quizá lo que pasa es que tienes miedo de ti misma...

Me olía que aquello era una trampa, pero no pude evitar preguntar:

—¿De mí misma por qué?

—Porque temes no poder resistir la tentación de intentar besarme otra vez.

Bufé, sarcásticamente.

—Sí, claro, será eso.

—Estoy prácticamente convencido.

—¿Tan bueno te crees?

—Mejor —no le estaba mirando pero estaba bastante segura de que estaba sonriendo. De medio lado, probablemente.

—Pues bájate de ese pedestal que te has montado tú solo, porque el beso fue mediocre.

—¿Mediocre?

Habíamos llegado, sin que me diera cuenta, a la playa. Respiré hondo para sentir el aroma del mar. Procuré sonar tranquila:

—El peor beso que me han dado en mi vida.

—No te creo —parecía molesto, y eso me agradó sobremanera.

—Con diferencia —insistí, para picarle más.

Prácticamente se me lanzó encima. Me cogió con fuerza de la cintura y me apretó contra él a la vez que me besaba con intensidad. Se me cortó la respiración del sobresalto y, por el susto o por puro acto reflejo, me dejé llevar.

Y ese beso sí que estuvo definitivamente bien. Muy bien. Sentí una presión en la boca del estómago, la misma que notaba siempre que algo me estaba gustando de verdad, o me emocionaba. En este caso no estaba segura de si me estaba emocionando o no, pero el contacto de su cuerpo contra el mío me gustaba y ni siquiera mi parte más racional y sensata era capaz de negarlo.

Sin darme cuenta, enredé mis dedos en su pelo y me pegué más a él. En cuanto fui consciente de este hecho, me separé de golpe, despegando nuestros labios y nuestros cuerpos a un mismo tiempo de la manera más brusca de la que fui capaz.

—¿Se puede saber qué haces?! —exclamé escandalizada.

Tener la respiración acelerada no ayudaba nada a expresar mi indignación en ese preciso momento. Se rió, y se empezó a peinar con una mano. Ese gesto me molestó (probablemente porque sabía que lo había despeinado yo) y apreté los puños con fuerza.

—Deja de reírte y respóndeme, anormal —ordené.

—Conque el peor beso de tu vida... y este el mejor, ¿no? —seguía riéndose.

—Eres imbécil —dije como despedida, y salí corriendo en dirección de vuelta a mi casa.

La frustración me carcomía por dentro. ¿Qué acababa de pasar? ¿Qué acababa de hacer? Si solo me hubiese controlado un poco más... o me hubiese controlado, directamente... ¿Por qué me había dejado llevar de esa manera?

“Porque te pilló por sorpresa”, dijo una voz en mi cabeza.

Me empezaban a doler las rodillas por correr de aquella manera, con furia, sin

pensar en el ritmo o en la respiración que estaba llevando.

Paré en seco para respirar, acalorada.

“Eres tonta”, me recriminé, poniéndome una mano en la frente y cerrando los ojos.  
“Eres una tonta inconsciente”.

Ahora todo el mundo se enteraría y se reirían de mí. Y probablemente no me volvieran a mirar de la misma manera.

Qué desastre.